

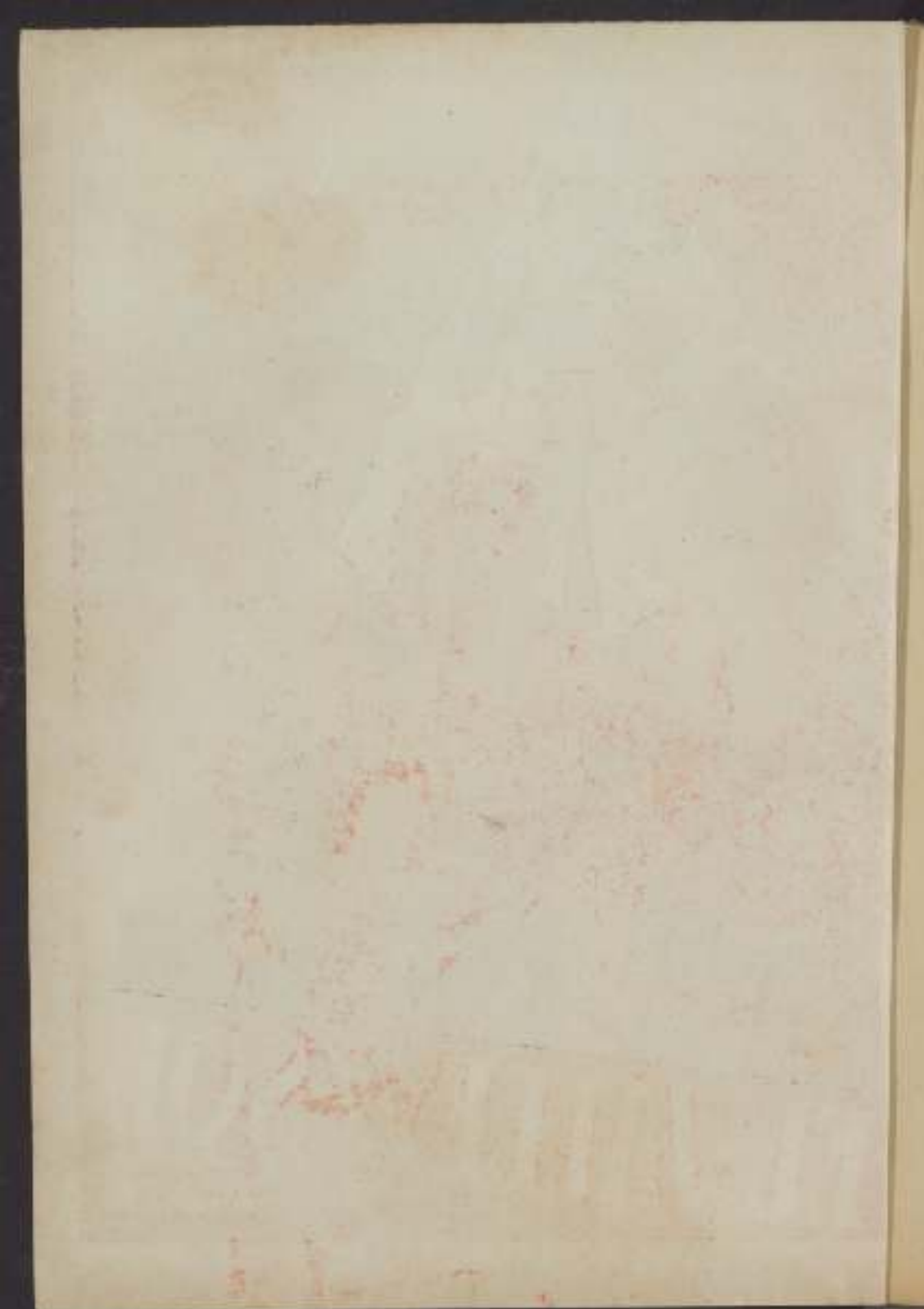
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ALFA

James CRAIG
Lucille BALL •
Antonio MORENO
Tom TYLER •



EL VALLE del SOL

Editorial ALFA





Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS Y SACA

Valencia, 24 - Teléfono 70667

BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VEDDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:

Telefonia. 234 - Apartado Correos 707 - Tel. 70867 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería

Barbarrá, 16, Barcelona-Temas, 17, Madrid

EDITORIAL
ALFA



AÑO XVII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE ★ ALFA

NUM. 65

NUM. 317

EL VALLE DEL SOL

Basada en la novela *The valley of the Sun*, publicada en el «Saturday Evening Post», original de Clarence Budington Kelland.

ARRIESCADAS aventuras, épicas luchas entre el hombre blanco y el indio... La heroica vida de los colonizadores del Oeste; hombres y mujeres que llevaron el aliento de la civilización cristianas a los más alejados confines americanos. En esta narración se reúnen hechos y figuras que cada una, por sí sola, habría formado un poema guerrero inspirado en un noble afán de justicia y equidad.

La legendaria figura del colonizador, conocido entre los indios por Yahkisikama, la interpreta en la pantalla el varonil **James Craig**, secundándole en complejo papel femenino la exquisita **Lucille Ball**.

Producción RADIO PICTURES (RKO)

Sucursales:

Madrid
Bilbao
Sevilla
Valencia
Los Palamos
Palma de Mallorca
Portugal



Distribuida en España por

RADIO FILMS

Paseo de Gracia, 76 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Cristina Larson</i>	Lucille Ball
<i>Jonathan Ware (Yahkiesikama)</i>	James Craig
<i>Warrick</i>	Sir Cedric Hardwicke
<i>Jim Sawyer</i>	Dean Jagger
<i>Willie</i>	Peter Whitney
<i>Juez de Paz</i>	Billy Gilbert
<i>Jefe apache, Cochise</i>	Antonio Moreno
<i>2.º jefe apache, Jerónimo</i>	Tom Tyler

Dirigida por

George Marschall

Narración literaria de
VICTOR CENTELLAS

EL VALLE DEL SOL

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

EL AMIGO DE LOS INDIOS

La colonización del Oeste americano ha dado origen a infinidad de inverosímiles aventuras cuya lectura puede parecer un exceso de fantasía por parte del escritor, pero la realidad en muchos casos supera lo que la pluma más inspirada pudiera llevar al papel. Los actos heroicos y las gestas más fantásticas no fueron una excepción en aquellos hombres, que luchando a palmo a palmo consiguieron ganar para la civilización grandes extensiones de terreno y capturaron a verdaderos pueblos, que si en un principio resistieron a aceptar las leyes que les dictaban los blancos, más tarde fueron sus firmes defensores.

Pero para ello fué preciso que surgieran hombres de excepción,

que con su tacto y hombría de bien supieran encauzar por el debido sendero la difícil tarea que ellos mismos se impusieron, pero que obedecían a rectos dictámenes de todo lo que es noble y humano. Y la lucha de estos hombres, en muchos casos, no fué contra la ignorancia de los pieles rojas, sino que tuvieron que combatir a algunos blancos aventureros sin corazón que sólo acudieron al Oeste para enriquecerse, o huyendo del peso de la justicia.

Jonathan Ware era uno de los que había comprendido cómo tenía que tratarse a los indios. Rápidamente asimiló el punto flaco por donde se les podía vencer sin recurrir al uso de las armas; gente ingenua al fin, podían ser dominados con la verdad y la comprensión, pe-

ro nunca con la injusticia y el expolio de lo que era muy suyo. Los mismos indios apaches, que se contaban entre las tribus más feroces de aquellos lugares, desde hacía una larga temporada se mantenían en calma y hasta con cierta amistad con los hombres blancos que habitaban los escasos poblados del desierto norteamericano.

En Tucson se hallaba instalado el gobierno civil del Estado. La ciudad era un hervidero de negociantes de ganado, buscadores de oro y aventureros de toda especie. Los bares y las calles se veían siempre concurridísimas, y no era raro que de vez en cuando surgiera la pendencia.

Pero la agitación con que se movían cierta mañana, no era debida a ninguna pelea. Un teniente y varios soldados acompañaban a un grupo de indios en dirección al domicilio del gobernador. Los hombres blancos que contemplaban el paso de la comitiva, no cesaban en demostrar su animosidad contra los pieles rojas.

—Ahora debían fusilar a esos malditos pieles rojas, ya que tienen ocasión de hacerlo—decía uno, al darse cuenta de que no iban en calidad de detenidos, aunque los tuvieran a su merced.

—Sí. Cuanto antes acaben con

ellos, más seguro será este país para nosotros, los americanos.

—Tienes mucha razón.

Mientras se hacían estos comentarios, el teniente llamó a la puerta de casa del gobernador y cuando el secretario que acudió a abrir dióse cuenta de la presencia de los indios, se apresuró a quitarse el bisoñé que llevaba para disimular su calva. Tenía miedo que los apaches se fijaran en su hermosa cabellera postiza y trataran de arrancársela.

En seguida le franqueó la entrada, diciendo:

—El gobernador le espera, teniente.

El aludido hizo una seña a los que le acompañaban y entraron al despacho del primer magistrado.

—Buenos días, teniente.

—Buenos días, gobernador... ¿Desea usted que me quede?

—No — repuso—. Será mejor que usted y sus hombres esperen fuera hasta que avise.

—Sí, señor.

El teniente obedeció la orden, mientras los indios entraban al despacho. El que parecía el jefe entre ellos, saludó ceremoniosamente, quedando luego con los brazos cruzados en actitud entre humilde y arrogante.

El gobernador llamó en su ayuda

a un intérprete para que se pudiese llevar la conversación con toda normalidad.

—Me honra muchísimo la visita de Cochise, el gran jefe apache.

El intérprete trasladó la salutación al indio, quien le expuso el motivo de su visita en su dialecto.

—Cochise dice que arriesgó su vida por venir al campamento de los hombres blancos para tratar del caso de Yahkisikama—explicó.

—¿De quién?—inquirió el gobernador.

—Yahkisikama es el nombre apache de Jonathan Ware; señor—intervino diciendo el secretario— Es uno de los exploradores en terreno indio.

—¿Jonathan Ware? Pero si está arrestado en el fuerte Pima, si mal no recuerdo.

—Sí. Para eso vinieron a verle a usted.

—Ese asunto corresponde al Ejército, no a mí. Ware ayudó a tres indios a escapar de la cárcel.

Verdaderamente desde su punto de vista, el gobernador tenía razón. Jonathan Ware pertenecía al Ejército y en funciones de explorador indio fué destacado en las zonas ocupadas por los campamentos de apaches, entre los que parecía haber tomado algún ascendiente, lo

que hizo nacer creciente sospecha en sus superiores de que pudiera existir una complicidad.

El intérprete explicó en lengua nativa a Cochise lo que acababa de exponer el gobernador. El jefe indio replicó vivamente:

—Dice que Yahkisikama los dejó escapar porque sabía que no habían delinquido.

—Fueron juzgados por la ley y sentenciados.

Siempre por el mismo procedimiento de traducción transcurrió el diálogo entre Cochise y el gobernador.

—Fa chay Co you mó a see yay, Yahkisikama —dijo Cochise en su jerga, lo que quería significar: «Estos son los tres hombres que ayudó a escapar. Estoy dispuesto a entregarlos si Yahkisikama queda en libertad».

Y diciendo esto, señaló a los tres indios que aguardaban tras de él. El secretario se acercó al gobernador diciéndole:

—Entreténgalos mientras yo voy en busca de los soldados.

—No—protestó el gobernador—. Acudieron a mí con bandera blanca, y hemos de respetarla, sino todos los indios del país se lanzarían a la guerra. Aunque mi gusto sería aten-

derles, este asunto no es de mi jurisdicción. Ware ha infringido una ley militar y su caso es de la exclusiva competencia del Ejército.

Mientras el intérprete explicaba aquellas palabras a Cochise, el secretario insistía:

—Comete usted un error, señor, no encerrando a estos puertos pieles rojas, con bandera blanca o sin bandera blanca.

—El país ha estado muy pacífico hasta ahora, por fortuna—replicó el gobernador—. Wilbur, es preciso que esa calma continúe.

El jefe apache, viendo que no sacaba nada en claro de aquella entrevista, se marchó con los tres ex prisioneros del ejército americano.

—Digo gracias a usted y adiós.

—Adiós.

Cuando el intérprete y Cochise estuvieron fuera de la estancia, el

primero vióse sorprendido por unas palabras del indio.

—Ese padrecito blanco, buen hombre.

—¿Habla nuestra lengua?

—Y lo entiendo todo—añadió Cochise, con un extraño brillo en los ojos. Sin duda alguna había oído las palabras del secretario y había tomado buena nota de ellas. Menos mal que el gobernador se portó noblemente con ellos, lo que tampoco cayó en saco roto en la despierta inteligencia del apache.

Mientras tanto, el gobernador dió orden al secretario Wilbur para que enviase un informe completo de la entrevista que acababa de sostener, al tribunal militar del fuerte Pima, donde Jonathan Ward iba a ser juzgado por el delito de haber dejado evadirse a tres indios convictos de robo.

LA FUGA DE WARE

HASTA los oficiales contrarios a la manera de obrar de Jonathan Ware reconocían que el explorador era un excelente camarada y un magnífico luchador. Equívoco o no, tenía una acusada influencia en ciertas tribus indias que había ocasionado muchos beneficios a los colonizadores. Por este motivo, aquella mañana se notaba alguna agitación en el fuerte Pima.

En el patio de armas se formaban numerosos grupos comentando el juicio que iba a tener efecto ante el tribunal militar. De un lado, los oficiales sostenían enconadas polémicas sobre el castigo que debía darse a Jonathan Ware; por otra parte, los soldados deseaban que el valien-

te joven saliera con bien de la empresa.

Las animadas discusiones cesaron como por ensalmo al aparecer el joven explorador. Era un hombre de unos veintiocho años, fuerte y alto; su rostro, curtido por el sol del desierto, y sus músculos, tensos por el ejercicio continuo. Sus facciones eran algo duras, pero no estaban exentas de un encanto varonil; dominaban sus ojos pardos, profundos y decididos, aunque un observador habría visto en ellos cierto dejo de languidez que caracteriza a los soñadores.

Avanzaba decidido entre los soldados que le conducían, hablando animadamente con el sargento que mandaba el pelotón.

—Ahí vienen—decía un soldado a otro.

—Jonny no parece que está preocupado, ¿verdad?

—Está muy tranquilo.

—Pues me temo que de ésta no escape—dijo un tercero.

En aquel momento, el pelotón cruzó ante el grupo de soldados y quien últimamente hablara, le animó, diciéndole:

—Buena suerte, Jonny.

El aludido se volvió sonriente, diciendo:

—Al fin cumplo el deseo de ver Yuma.

—No lo tomes a broma, Jonny—le reconvino el sargento Maguire que le conducía— ¡Trae mala suerte!

—No le ahorcan a uno hasta que no le ponen la soga en la nuca—exclamó el acusado.

—No te burles, Johnny. Anoche oí a los lobos aullar, y además un gato negro estuvo danzando por los pies de mi cama... y eso es de mal agüero, muchacho.

Mientras así hablaba, el pelotón llegó ante el pabellón donde se hallaba reunido el tribunal militar. Ware entró con la frente alta y ademán resuelto, contestando serenamente al interrogatorio a que fué sometido por la defensa y la acusación.

Finalmente, el mayor que ejercía

las funciones de presidente, tomó la palabra.

—Señor Ware: ¿tiene usted algo que decir en su defensa antes de que esta corte marcial firme sentencia?

—Repetir lo que ya dije antes—contestó el acusado—. Esos indios no estaban realmente robando. Sólo tomaban lo que en derecho les pertenecía, lo que les habían quitado.

—Desgraciadamente para usted no estamos juzgando a los indios. Por lo tanto, límitese a su caso.

—Pues les dejé escapar para evitar que los campamentos fuesen atacados y que cientos de hombres blancos murieran asesinados horriblemente. Aunque es posible que esto ocurra, de todos modos, si no se obliga a los administradores civiles a dar a los indios cuanto el Gobierno les prometió.

—¿Eso es todo? —preguntó el mayor, que al parecer no había tenido muy en consideración las juiciosas palabras de Ware.

—Sí, señor.

Existiendo unanimidad entre los componentes del tribunal militar, se procedió a dictar sentencia inmediatamente. El momento fué solemne, a pesar de que el local en que se celebraba no poseía pompa alguna. El mayor se levantó de su asiento

y pronunció las siguientes palabras:

—Esta corte marcial, con la autoridad que le confiere la ley de Enjuiciamiento de los Estados Unidos, reconoce al prisionero Jonathan Ware como culpable de violación de la orden especial número nueve y le condena a cinco años de reclusión en la prisión militar del fuerte Yuma, territorio de Arizona.

Ware escuchó la sentencia que le obligaría a estar recluso durante cinco largos años, sin pestañear. Confiaba en su buena estrella y su mente trabajaba ya febrilmente, cuando oyó la voz del sargento que ordenaba:

—Escuadrón, ¡izquierda! Prisionero, sígame. ¡Suspendan, armas! De frente, ¡marchen!

Ya en el patio, el sargento Maguire abandonó la seriedad y hablaba a Ware como a un camarada, a pesar de que le conducía hacia su encierro escoltado por un pelotón armado.

—No hay derecho a eso—decía Maguire—. No les preocupa detener la vida de un hombre durante cinco años.

—Yo quería ir a Yuma y con cráces lo he logrado—repuso Ware con calma y sin dejar de andar al lado del sargento.

—Es una verdadera injusticia, eso es lo que es. Tú hacías un bien de-

jando escapar a esos indios. Nadie lo sabe mejor que tú.

—Puede que eso sea lo malo: que sé demasiado. También las autoridades de Washington debían saber algo más.

—Sí. Ellos ignoran la verdad de lo que está pasando—comentó Maguire, y viendo que los soldados del pelotón se detenían sin motivo justificado, añadió gritando: —¿Por qué os detenéis, sin yo mandarlo? ¡De frente, marchen!

De nuevo se puso en marcha la comitiva, y el sargento siguió hablando.

—Ahora mismo me iría a Washington a informar a aquellos ignorantes de cuello duro, de lo ocurrido ahí dentro... Y lo haría, con mucho gusto, si no estuviese en un apuro.

—¿Cuáles son tus dificultades?

—¡Oh! Es culpa del caballo del capitán—exclamó Maguire, como si no diera importancia a la cosa—. Alguien se olvidó de amarrarlo. Es el caballo más veloz de Arizona. Y si pudieras escapar te facilitaría la huida.

Ware comprendió lo que su amigo quería decirle con aquellas palabras. Pero quiso asegurarse.

—No. Porque tu escuadrón dispararía, ¿verdad?

—Sería muy raro.

—Gracias, Maguire — dijo el preso, convencido ya de lo que le proponían y pronto a entrar en acción.

—Que tengas suerte.

Las palabras del sargento coincidieron con el inicio de una veloz carrera emprendida por Ware, que de un salto montó en el suelto caballo del capitán. Rápidamente se dirigió a la puerta del fuerte sin que nadie se interpusiera. Los soldados del pelotón se armaron un lío, gracias a que el sargento les hizo tropezar dando voces y haciendo grandes ademanes. Cuando estuvieron repuestos y salieron al exterior del fuerte, fueron inútiles sus disparos de salva, porque el fugitivo se hallaba ya muy lejos. De una parte la distancia y de otra que los tiradores metieron mucho ruido para justificarse ante sus jefes, permitió que el joven explorador ganara terreno hacia el desierto, tomándose la libertad que el Estado le negaba hasta al cabo de cinco años.

* * *

Una diligencia, corriendo todo lo que le permitía el pésimo estado de los caminos de Arizona, avanzaba hacia una ciudad del interior. Uni-

camente llevaba dos pasajeros en su interior. Uno era un hombre de unos treinta años, dominante y enérgico y con aspecto de ser personaje influyente. El otro de rostro pacífico y de una obesidad que no demostraba precisamente que se dedicaba a hacer ejercicio.

Jim Sawyer era un agente de los indios, negociando con los cuales se había enriquecido al extremo de que era uno de los hombres más poderosos de aquellos alrededores. No temía atravesar el desierto aun sabiendo que estaban expuestos a un ataque de los feroces indios apaches, ya que se consideraba salvaguardado por su calidad de agente. No estaba tan seguro su acompañante, un Juez de Paz que había arrancado de un apacible rincón alejado de los pieles rojas para que acudiera a sus dominios para casarle.

Mientras iban hablando distraíentemente, aparecieron unos indios en una altura dominante. Uno de ellos lanzó una flecha con tal acierto que atravesó el sombrero del bueno del juez. No hace falta decir el susto que se llevó; él y Sawyer se agacharon para prevenirse de una repetición del atentado, pero los indios abandonaron la partida al reconocer al hombre que iba montado en el eje de las ruedas traseras. Era

Jonathan Ware, su amigo Yahkiskama.

—Yo... yo creí que usted dijo que conocía a todos los indios de este territorio—exclamó el juez, cuando se creyó libre de la agresión de los pieles rojas.

—Y los conozco—aseguró Sawyer— Esto no habría pasado si supieran que viajó en esta diligencia.

—Pues entonces, ¿por qué no les avisó?

El juez se entretuvo en sacar la flecha de su sombrero. Y añadió:

—Si yo llego a saber que me exponía a morir atravesado igual que una mariposa, no me saca usted de Yuma sólo para un simple casamiento.

—No se trata de un simple casamiento; es mi boda. Y no crea usted que yo hubiese hecho este viaje hasta Yuma de haber existido un juez más cerca.

—Eso hubiese sido una suerte para mí.

Sawyer se rió y sacando dos sombreros de una sombrerera que tenía a sus pies, se los probaba alternativamente.

—Oiga. A propósito de sombreros. Deme su opinión. Dígame: ¿cuál de los dos le gusta más para mí? ¿Este más claro o le parece mejor este otro?

—Le está grande.

Las palabras del juez se vieron agitadas por un vaivén del vehículo que por poco no dió un vuelco. Sawyer sacó la cabeza para protestar.

—¡Eh, cuidado con los baches!—gritó.

—Perdón, patrón.

Sawyer miró hacia atrás por la ventanilla, y dióse cuenta de la presencia del intruso montado en la parte trasera del coche. Y dirigiéndose al conductor le dijo:

—¡Pasa por encima de un cacto!

Riéndose se sentó de nuevo en el interior, comentando con el juez de paz la broma que le iban a dar al individuo que trataba de viajar gratis.

El conductor dejó el camino y se introdujo por entre los matorrales, pero la bromita no le gustó a Ware, que se veía y deseaba para no soltarse ante los pinchazos que recibía en todo el cuerpo. De pronto decidió adoptar una actitud heroica. Encaramándose por el estribo se asomó al interior del coche. Y dijo:

—Siento molestarles, señores, pero viajar ahí abajo no es muy confortable.

—Sí. Hay muchos baches—repuso Sawyer.

—¿Qué les parece si me sientó con ustedes?

—Una gran idea, si puede pagar el viaje.

—Ya le dije en Maricupa Wells que no tenía ni cinco—explicó Ware, todavía en el exterior del coche y asomando por la ventanilla.

—Usted pretende que le dejen viajar sin pagar, ¿verdad?

—Si yo fuera el propietario de la diligencia, le dejaría a usted.

—Sí. Pero no lo es usted. ¡Ande, apéese!

Jonathan Ware dió una mirada a su alrededor, en el que sólo se divisaba una gran extensión de terreno arenoso y desierto.

—¿Cómo? ¿Aquí en el desierto? ¡Pero, señor! ¿Usted sería capaz de dejarme?

Sawyer no contestó. Limitóse a darle un fuerte empujón, haciendo perder el equilibrio al fugitivo, que cayó rodando entre los arbustos y cactus del desierto. Medio incorporado vió cómo la diligencia se alejaba a toda la velocidad que le permitía el camino, y no tuvo más

remedio que iniciar la marcha en dirección al primer poblado que seguramente distaba unas cuantas millas. ¿Cuántas? Eso era algo que no podía precisar Ware, cuya sola orientación eran los puntos cardinales.

Después de muchas horas de andar y posiblemente cerca de la ciudad, acertó a divisar a un indio que avanzaba con su caballo, el cual arrastraba una especie de carrito en el que iban montados su mujer y una niña. Ware los alcanzó y saludó al indio en su idioma.

—¡Heyaho Whoom! Thoaya Quepgh. ¿Puede llevarme a la ciudad?

—Sí. Llevaré a hermano blanco.

De un salto se encaramó a la grupa del caballo, y durante la cansina marcha tuvo ocasión de reflexionar sobre el rasgo de humanidad de aquel piel roja, contrastando con la desconsideración con que había sido tratado por un hermano de raza.

PREPARATIVOS DE BODA

C RISTINA LARSON, conocida por toda la ciudad con el diminutivo de Chris, era la dueña de un bar en el mismo centro del desierto, pero poco tiempo le iba a durar la profesión que había tenido, ya que lo traspasaba a un vecino, pues se disponía a casarse.

No era su boda lo que hubiera podido calificarse un matrimonio de conveniencia, pero se acercaba mucho a ello. Estaba ya más que harta de la lucha diaria con los parroquianos y el cariño que parecía demostrarle el apuesto Jim Sawyer no era de despreciar, máxime cuando se trataba de un hombre influente y de indudable porvenir.

El día en que tenía que llegar su

novio estaba ocupadísima en dejar las cosas en orden para efectuar el traspaso. Mientras tanto, el comprador se dedicaba a cambiar la marca de la puerta, gozoso de poder regentar el mejor establecimiento de bebidas de la ciudad.

Un tercer personaje hizo entrada en escena. Se trataba de Willie, un gigantón con algo de mestizo y con su mentalidad un mucho atrasada. Era algo así como debió ser el hombre de las cavernas, pero vestido más o menos al estilo de los tiempos heroicos del Oeste americano.

El muchacho entró en el bar, llevando un pajarito en la mano. Se dirigió resueltamente al mostrador, tras el cual se hallaba Chris, con su trabajo.

—¿Señorita Chris?

—¡Ah! ¡Hola, Willie! ¿Qué le pasa a ese pájaro?

—Mi lo encontré en desierto... Ala partida... ¿Poder curarlo?

Chris hizo un movimiento de impaciencia.

—¡Vamos! Lo de todos los días. ¿No comprendes que hoy no es día para ocuparse de tus animalitos?

—¿Tú curarlo no querer?

—Claro que sí, Willie—repuso ella, dejando su trabajo y disponiéndose a hacer una rudimentaria cura al pobre pajarito—. Es que hoy es el día de mi boda. ¿has entendido?

—¿Qué es boda?

—Pues es cuando dos personas se casan... porque se quieren.

—¿Tú y Sawyer?

La joven asintió, mientras venía daba al animalito.

—¿Qué es querer?—siguió preguntando Willie.

—Pues... es... lo que tú sientes por el desierto.

—¿Eh?

—Tú quieres al desierto, ¿no es verdad?—repuso Chris, pensando que se iba a hacer un lío al tratar de explicar al gigantón de mente infantil un tema de aquella índole.

—No, no—protestó Willie—. Mi del desierto. Desierto mío.

—Pues eso es querer, Willie, eso es querer.

—Sawyer no querer a ti.

—¿Por qué, Willie?

—Tú poder curar pájaro herido. Tú herida, Sawyer no poder.

—¡Ah! Es tan sólo eso lo que te preocupa. Tú tienes miedo de no tener a nadie que cure a tus animalitos. Pero no debes alarmarte porque yo voy a estar siempre por estos alrededores y podré curarlos.

En aquel momento vió por la ventana que acababa de llegar la diligencia que debía traer a su futuro novio y el juez de paz que iba a casarlos. Dejó el pájaro en manos de Willie y salió corriendo.

—Toma tu pájaro. Ya llegó la diligencia.

Llegó junto a la diligencia en el momento que se apeaba Sawyer, seguido del juez. El recién llegado abrazó a su futura esposa, tras breve y efusivo saludo.

—Oiga—intervino diciendo el juez—. Presénteme.

—Sí. Esta es Chris, juez. ¿No le dije que es la chica más guapa de todo Arizona?

Si Sawyer exageraba al decir aquellas palabras es cosa que no se puede precisar, pero sí puede decirse que la joven era de una delicada belleza, su rostro, de finas facciones, sin corresponder exactamente a los cánones helénicos, era de un gran atractivo, apoyado por unos

ojos azules de mirada ingenua y suave, y su cabello dorado como los rayos del sol que inundaban aquel valle. Era menudita, pero fuerte y bien proporcionada, y el conjunto de su figura despertaba sensible atracción. Así lo reconoció el juez de paz, que reforzó las palabras del traficante, añadiendo:

—Tiene razón. Pero pudo decir la más guapa de los Estados Unidos sin temor a equivocarse.

—Juez—repuso ella en tono festivo— Si Jim se arrepiente de casarse me casaré con usted.

—Trato hecho.

Uno de los vaqueros que estaban contemplando la escena (no en vano se trataba de un acontecimiento único) preguntó a Sawyer:

—¿A qué hora es la boda, Jim?

—Tan pronto como Chris se acicale con estas ropas elegantes que le traigo.

Y uniendo la acción a la palabra, cogió unos paquetes que acababan de descargar y se los entregó a la joven.

—¿Tardarás mucho, Chris?—preguntó otro.

—Si están a mi medida, unos dieciséis minutos.

—Podemos esperar hasta veintinueve si no están bien—dijo Sawyer—. Pero para estar seguros esperaremos treinta.

Chris se despidió de su futuro con una sonrisa, y Sawyer con un «No tardes» la dejó marchar, gozoso de hallarse ante la inminencia de un matrimonio que tanto deseaba. Para demostrar su alegría se dirigió a todos los vaqueros y exclamó:

—Y ahora, andando. Mientras tanto, yo invito; conque, ¡a beber todo el mundo!

Mientras se dirigían al otro bar de la plaza, Nolte, el «guardia de corps» de Sawyer, se acercó a éste diciéndole con su habitual tono misterioso y confidencial:

—Estaba impaciente por su vuelta, patrón.

—¿Alguna complicación con los indios?

—No. Ahí está la cosa. Me alarma su silencio. Ya no se quejan. Hágame caso, patrón, deles la ración completa esta vez. Yo guardé el ganado aquí.

—¿Y por qué lo guardaste aquí?—inquirió su amo, no de muy buen talante.

—Porque pensé que...

—Tú haz lo de siempre—interrumpióle—. Envía a los indios una quinta parte del ganado y el resto añádelo al mío.

—No van a quedar satisfechos.

—Tampoco lo estarán cuando llegue aquí la tropa.

—¿La tropa?

—No pensarás que perdí el tiempo comprando chucherías, ¿verdad? Se va a establecer aquí un destacamento. En seguida.

—¿Y los soldados no le estorbarán, patrón?

—Al contrario. Mantendrán a raya a los indios quejosos en el caso de que no les gustara la comida que les diéramos.

—Siendo así, que vengan pronto—concluyó diciendo Nolte, a la vez que se despedía de Sawyer, ya que la presencia de varios vaqueros hacía imposible la entrevista confidencial.

Mientras su novio estaba festejando la boda que tendría lugar poco después, Chris, ayudada de su fiel Clara, estaba componiéndose con el vestido que le trajeron de Yuma.

Clara se veía y descaba para arreglarla, porque la novia no estaba quieta un solo momento.

—Cada vez que me encuentre mezclada en una boda me hago un verdadero lío—decía, buscando una pieza que poco antes tenía en la mano.

Cuando estaba ya casi vestida, Chris se miró al espejo y vio que el «polisson» no le sentaba bien, de acuerdo con su gusto.

—¿Qué te pasa?—preguntó Clara al ver el mohín de disgusto que de reflejaba en la cara de la joven.

—Pues que no me siento con ánimo para llevar esto—y sin añadir otras palabras, se quitó el postizo «polisson», quedando el vestido liso y caído.

—¡Vamos, Chris!

—Esto es un engaño. No me lo quiero poner.

—Todas las señoras elegantes lo llevan—insistió Clara con toda su buena fe.

—Pues yo no... Todos los vaqueros de la ciudad vendrían detrás de mí con un alfiler para pincharme y descubrir la trampa.

—Hija, ¡no sé cómo tienes ganas de bromear! Ten juicio, Chris. Si yo me fuera a casar, estaría más excitada y más nerviosa que un flán, puedes creerlo.

—Es lo que todas esperamos. Es lo corriente.

—Sí. Algunas lo esperarían toda la vida y después se quedan compuestas y sin novio.

De pronto, la conversación entre las dos mujeres quedó cortada, por haber oído una canción en el patio posterior de la casa. Una popular letra que empezaba diciendo: «El perrito se perdió...», entonada por una voz varonil, les llamó la atención.

Era nada menos que Jonathan, que se estaba bañando dentro de la tina de agua de beber que tenían almacenada. El pobre muchacho había llegado hasta las atueras de la población a la grupa del caballo del indio y ante la vista de agua fresca, no había podido resistir la tentación de beber cuanto pudo y finalmente zambullirse para refrescar el cuerpo.

—¡Por el amor de Dios! ¿qué es eso?—exclamó Clara al oír: «Y llamaba a su mamá. Guau, dijo el perro, guau, dijo su mamá».

Chris se puso una bata sobre su vestido de novia y se acercó a la ventana, gritando:

—¡Oiga, salga del agua!

Pero Ware no hizo el menor caso y siguió cantando en el original baño, lo que movió a la joven a salir al exterior, para ejercer con más fuerza su derecho de propiedad.

—Le diré cuatro de frescas—dijo a Clara.

—Se estará lavando para la boda.

—Sí, pero ensucia el agua—dijo ella, ya casi al exterior. Cuando estuvo cerca del barril de agua, exclamó:

—¿Es usted sordo? ¡Salga de ahí!

El intruso se volvió, sorprendido ante la agradable presencia de la joven, pero un tanto sofocado.

—¿Eh?

—¡Que salga del barril!

—¿Ahora mismo?

—¿No se da cuenta de lo que está haciendo?

—Sí; me estoy lavando—contestó tranquilamente Ware.

—El agua es muy valiosa en estos alrededores.

—No se enfade, guapa. Soy forastero y no sé las costumbres del país.

—Aunque sea forastero debía tener más juicio y no meterse en el primer barril de agua que encuentra. Ahora salga en seguida.

—¿En seguida?

—Le doy tres minutos de tiempo. Si no sale, avisaré a los vaqueros.

—¡Vamos, vamos! No se enfade; saldré.

Chris quedó convencida y regresó a la casa para continuar su tocado de novia, mientras Ware se secaba y vestía, satisfecho del baño que se había dado y del encuentro que había tenido. No era muy corriente hallarse ante una muchacha tan guapa en pleno desierto, y además constituía un evidente contraste su situación actual con las horas desagradables que había vivido aquellos últimos días.

Ware se fué hacia el interior de la ciudad y le sorprendió ver que todo el mundo corría hacia determinado lugar.

—¡Eh, eh!—gritó a uno que pasaba—. ¿Por qué corren todos?

—¿Es usted forastero?—preguntó el hombre, extrañado de que hubiese alguien que ignorase lo que iba a ocurrir—. Chris Larson y Jim Sawyer se casan y a todo el mundo se le da la bienvenida. Venga.

Ware le dio las gracias, pero no le siguió. Viendo la muestra del bar de Chris se metió al interior, esperando que le sirvieran algo de comer. Su sorpresa fue grande al ver que no había nadie en el local, ni parroquianos ni el dueño. Acercóse al mostrador, donde vió un letrero que decía:

«Ausente por ir a casarse. Sirva-se usted mismo. Hoy todo gratis».

—¿Eh?—exclamó el joven—. Esto es estupendo. Vengan unos huevos con jamón.

Y obedeciendo la orden escrita, se dispuso a preparárselos él mismo. Se metió en la cocina y empezó a buscar lo que deseaba. Tampoco allí encontró a persona alguna, porque Chris había salido por la puerta trasera y debió cruzarse con Sawyer, que en aquel momento entró en el bar en su busca, creyendo que ya había pasado con exceso el plazo de tiempo que le diera para vestirse.

—¿Lista, Chris?—preguntó el novio, llamando a la puerta de la cocina, y como nadie respondiera, se metió en la cocina.

—¿Puedo servirle yo?—dijo socarronamente Ware.

Sawyer sorprendióse al ver que el personaje a quien echara tan desconsideradamente y violentamente de su diligencia estuviera ya en el pueblo y no pudo por menos que manifestarlo.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Vine al pueblo montado en uno de esos cactus pequeños—siguió diciendo Ware con aire de burla.

—Pues váyase en seguida—gruñó el otro, molesto por la intrusión de aquel individuo. Pero Ware no cedía.

—Oiga, viene usted muy elegante.

—¡Vamos, lárguese de aquí!—gritó Sawyer impaciente.

—Usted primero...

La contestación de Ware no iba sola. La acompañó un fuerte puñetazo en la mandíbula de Sawyer, que cayó de espaldas a la puerta que daba al bar, cayendo aparatosamente. Ware se lanzó tras él, siendo recibido por un no menos potente puñetazo del traficante. Los dos hombres se enzarzaron en una violentísima lucha, cayendo ambos dentro del mostrador, saliendo Sawyer por debajo, impelido por un fuerte puñetazo, rompiendo la madera del bar, seguido por una lluvia de botellas y vasos que se vino encima de

los luchadores. Los golpes no parecían hacer mella en los dos hombres y durante la lucha fueron a parar en plena calle, donde se revolcaron entre el polvo y el lodo, menudeando los puñetazos de una potencia capaz de abatir a un toro.

La lucha atrajo la atención a los que se dirigían a la fiesta y muy pronto Sawyer y Ware tuvieron más espectadores que no los tuviera cualquier festival. Nadie reconoció a quienes peleaban, ya que iban materialmente cubiertos de polvo y con las ropas destrozadas. Tampoco nadie quiso intervenir, esperando que terminase la lucha con la victoria de uno de ellos y recoger lo que quedase del vencido.

—¿Quién está peleando? — preguntó Warrick, un caballero de porte distinguido en el que se adivinaban los modales y corte de un inglés.

—No lo sé—repuso el preguntado—. Pero va en serio.

—Eso creo... — comentó Warrick, viendo que uno de los combatientes caía fulminado por un puñetazo.

También llegó hasta el espectador, Chris, acicalada con su traje de novia, en busca de Jim. No lo había hallado en su casa ni en ninguna parte y acudía allí donde estaban

todos, para ver si alguien le daba razón de él.

—Oiga, ¿ha visto usted a Jim? — preguntó a uno de los circunstantes.

—No; pero debe estar por aquí viendo la pelea.

La pelea acababa de dar fin en aquel momento. Uno de los luchadores abatió a su contrincante de un fuerte puñetazo que le dejó sin sentido. Por su parte, el vencedor se alejó de aquel lugar, dejándose caer, rendido por el esfuerzo llevado a cabo.

Un hombre del pueblo se acercó a mirar al vencido para reconocerle. Todos estaban expectantes para saber quién era, ya que entre el polvo y el sudor no era posible que nadie lo reconociera.

—Valdría la pena gastar un cubo de agua para lavarle la cara y saber quién es. Apartarse un poco, ¿qué les parece?

Y sin esperar contestación, lanzó el agua sobre el rostro del caído, que se movió reaccionando ante la frescor del líquido elemento.

—¡Es Jim Sawyer!—exclamó.

—¿Quién? ¿Sawyer? — gritó su lugarteniente—. Dejadme pasar. Avisen a un médico.

Nolte se fue junto a su patrón y trató de prestarle auxilio. Viendo que de momento no podía hacer na-

da, decidió trasladarle a su domicilio.

—Pronto, muchachos, ayudadme.

Lo cogieron por los brazos y los pies y se lo llevaron.

—¡Dejen pasar!

—¿Y ahora cómo se celebrará la boda?—preguntó quien le había tirado el cubo de agua.

—Eso digo yo—dijo Warrick con ironía, mirando cómo se llevaban al maltrecho Sawyer—; el novio feliz no parece haber quedado físicamente en condiciones.

—¡Oh, oh, pobrecito, pobrecito!

Sin duda alguna, los que hablaban no eran grandes amigos de Sawyer, principalmente el llamado Warrick, que se acercó hacia donde estaba Ware tumbado respirando agitado por el esfuerzo realizado.

—Veiga conmigo.

—¿Eh? ¿Dónde?—repuso el joven, reaccionando al ver que alguien le dirigía la palabra.

—A tomarnos un coñac del que reservo para los amigos—repuso Warrick—. He esperado durante mucho tiempo a que dieran una paliza así a Sawyer.

—Oiga: ¿no le sería igual en lugar del coñac, prestarme un caballo?—preguntó el joven, pensando que Sawyer no iba a dejar de perseguirle.

—¿Cualquier caballo o uno ve-

los?—dijo Warrick intencionadamente.

—Uno.

Warrick ayudó a levantarse a Ware y marcharon en dirección de la casa del primero. Por el camino iban charlando animadamente.

—Lamento que no pueda usted quedarse más tiempo. Tenemos mucho de común—dijo el inglés.

—¿Se refiere a nuestra antipatía por Sawyer?

—Y nuestra simpatía hacia Christina Larson.

—¿Por qué se casa con él? ¿tanto le quiere?

—No—repuso Warrick, seguro de lo que decía—. Pero, en mi opinión, de ese noviazgo tiene buena culpa el Rusy Bee Cafe.

—¿Qué quiere usted decir?

—Verá; si quiere conquistar a una mujer sáquele de la cocina.

—¡Ah! Ya entiendo.

Los dos hombres habían llegado a la casa de Warrick. Estaba amueblada con gusto, y era para preguntarse cómo habían llegado hasta el centro del desierto todos los objetos que le daban aquella sensación de confortabilidad y una serie de comodidades que se vislumbraban a primera vista. Más parecía hallarse en una casa de campo de la vieja Inglaterra, que no en un casi despoblado terreno de Arizona.

Ware miraba curiosamente cuanto allí había mientras departía amistosamente con Warrick.

—Por cierto—dijo este último—, mi nombre es Warrick.

—Tanto gusto:

—Y yo, ¿puedo llamarle como quiera?... América es un gran país. En Inglaterra el nombre es lo más importante.

—Esto está bien—repuso el forastero, aludiendo a la casa, y como si no hubiera oído lo que referente a los nombres le hablaban.

—Gracias.

Ware cogió un bastón de cricket y recordando que durante su lucha con Sawyer éste le había querido romper en la cabeza uno de aquellos bastones, sin conseguirlo, comentó:

—Debe jugarse mucho al cricket por aquí.

Warrick asintió con un movimiento de cabeza y acercándose a una mesa sirvió dos vasos de coñac.

—Pruebe esto—le dijo, ofreciéndole la bebida—. Por su feliz viaje.

—Gracias.

—¿Supongo que usted se preguntará quién soy?

—En este país no hacemos preguntas—repuso Ware.

—Es una de las razones por que vivo aquí. Mire hacia fuera. ¿Qué ve usted?

—Arena, cactus, un sol que abraza; casi un desierto.

—En eso precisamente estriba su belleza.

—¿Cómo?

—Despoblado.

—¡Hum!—rezongó Ware—. Sí. No está esto muy habitado, hay que reconocerlo. Pero si los indios algún día se volvieron pacíficos y decidieran encauzar hacia aquí todo el agua que tiene ahí arriba, iba usted a tener más gente por estos alrededores que arena hay en el desierto.

—¡Es un placer la soledad! Bueno, supongo que necesitará usted comer algo antes de emprender su viaje...

De pronto, viéronse sorprendidos por la presencia de un grupo armado en la puerta de la entrada. Los capitaneaba Nolte, el lugarteniente de Sawyer. Warrick se acercó a la puerta, protestando por la intrusión.

—Un momento, señores. ¿Qué quiere decir esto?

Los intrusos no contestaron con palabras. Uno de ellos propinó un fuerte golpe con la culata de su pistola en la cabeza del dueño de la casa, dejándole en el suelo sin sentido.

Nolte se acercó a Ware, protegiendo por los rifles de sus secuaces.

—Venga con nosotros—gritó.

—Vaya sorpresa—dijo Ware con

sorna—. Y decía el señor Warrick que no había gente por aquí.

—Pero la mayor sorpresa la reservamos para usted—gruñó Nolte.

—Muy agradecido.

—Vamos, deprisa,

Ware siguió hacia afuera, bajo los cañones de los rifles. El forastero no se hacía muchas ilusiones sobre su porvenir. Ignoraba si le iban a pegar cuatro tiros o se limitarían a darle una buena paliza.

WILLIE INTERVIENE

SOBRE una mesa del «Buzzy Bee Café», el doctor Thomas estaba «componiendo» la cara del novio. A simple vista se veían los desperfectos con que salió de su lucha con el forastero, pero parecía estar ya en condiciones para la boda. Claro está que su presentación no era impecable, pero podía pasar.

—Bueno—dijo el doctor—; creo que ya está usted listo para seguir con la ceremonia.

—La nariz me duele todavía—gruñó Sawyer.

—No hay razón para ello. Sólo está magullada por un par de sitios. ¿Cómo quedó el otro individuo?

—Apenas se le ve un araño en la cara, Doctor—explicó Nolte, con cierta ironía en sus palabras. Indu-

dablemente aludía a la tremenda paliza que sus hombres acababan de pegar al forastero, dejándole por muerto en el desierto.

—Levántese si puede—dijo el doctor a Sawyer. Este lo intentó, consiguiéndolo con bastantes apuros.

—Gracias.

Sawyer se dirigió a Chris, que contemplaba la escena con expectación y le dijo:

—Estaré listo dentro de dos minutos, Chris.

—Espero, mientras, en la otra habitación—dijo ella, yéndose hacia la cocina.

Allí se encontró con la sorpresa de la presencia de Willie, quien, imponiéndole silencio, le dijo:

—Señorita Chris,

—¿Qué pasa ahora, Willie?

—Venga pronto...

—Venga pronto...

—¿Dónde?

—El mal herido. Mi lo encontré en desierto—exclamó el muchacho con su jerga semi indescifrable.

—No, Willie. Ya basta de curar animales por hoy. ¿No crees?

—El mal herido, señorita Chris—insistió— Mi poner en su cama.

—¿En mi cama? ¡Oh!

—Pero ser grande... —explicó Willie, acompañando a Chris a la habitación contigua.

Chris quedó sorprendida al ver que en su cama descansaba nada menos que el hombre que había pegado tan gran paliza a su futuro marido. El mismo hombre quien horas antes había reprendido por estarse bañando en el barril del agua para beber.

—Escucha, Willie. Estas bromas no me gustan.

—Estar herido... A lo mejor muerto.

—Bien; bonita situación. Vaya compromiso. Esto acaba de arreglar el día.

—Menos mal—dijo Ware, por lo bajo.

—No sé dónde lo encontraste—dijo Chris al hombrón—; pero sácalo de aquí...

—Estar herido.

Ware se incorporó levemente, interviniendo en favor de su favorecedor.

—Yo creí que usted ordenó que me trajeran aquí.

—¡Váyase! —gritó Chris, indignada.

—No. Estoy muy enfermo. No me podré mover lo menos en dos semanas.

—Se va usted o llamo al señor Sawyer.

—¡Oh, oh! Piénselo antes. Por lo visto el señor Sawyer es algo desconfiado y no me explico por qué.

—¡Oh!—exclamó ella, dándose cuenta de que su novio podía reaccionar de distinta manera.

—Lo que no comprendo—siguió diciendo Ware, sin moverse de la cama—; es que una buena cocinera se retire de la circulación para convertirse en esposa. Hay muchas esposas; pero buenas cocineras no crea que hay muchas. Hay cosas que no se explican.

—¡Salga usted de aquí!

Las palabras de la joven coincidieron con las voces de Sawyer, que, desde la cocina, llamaba a la joven.

—Será mejor que me vaya—exclamó Ware, al oírlo también.

—No se vaya. Escóndelo debajo—dijo Chris, imponiéndole silencio.

—Pero no acaba de decir...

—Por favor, tiéndase... pronto.

—Pero señorita Chris—intervino diciendo Willie, viendo que Ware no cabría debajo de la cama—. No caber.

—¿Ya estamos como con lo del barril?—preguntó Ware, humorísticamente.

—Por favor, tiéndase.

La joven le obligó a que se escondiera debajo las sábanas, porque Sawyer se acercaba.

—Ya voy, Jim.

Sawyer abrió la puerta, al tiempo que Willie se escondía detrás de un mueble, y Chris se ponía delante de su novio para que no viese el bulto sobre la cama.

La pareja de novios salió de la casa, mientras Willie ayudaba a Ware a levantarse de la cama.

—¿Sentirte ya bien?

—Me siento peor ahora que cuando me trajiste.

Mientras tanto, ya en la calle, Sawyer tropezó con Warrick, que se dirigía hacia el bar.

—¡Vaya, vaya, vaya, vaya!—dijo el traficante—. Esto ha sido una buena lección para los dos, Warrick.

—¿Qué hicieron sus hombres con él?

—¡Vamos, vamos! Usted no debió enfadarse con los chicos... duque...

—Pero, Warrick, ¿por qué lo toma usted tan a pecho?... Fíjese en

mí. La nariz rota y un ojo medio cerrado, y sin embargo, no le doy importancia. Vamos a la boda, ande.

—Lo siento mucho. No puedo ir.

—Como quiera. Preguntaré a los muchachos lo que hicieron con ese infeliz. Cinco contra uno...

Warrick dejó a la pareja que se fueran hacia el lugar destinado para celebrar la boda, y se metió en el bar buscando una bebida. Su sorpresa fue grande cuando dio de manos a boca con Ware y Willie, que observaban en silencio la marcha de Sawyer y los suyos.

—Pero ¿no acaba de salir Sawye de aquí?—dijo Warrick.

—Pero no me vió—repuso Ware, riendo.

—Mí lo encontré en desierto.

—Y me tumbó en la cama de Christina. ¿Qué le parece?

—¿Y es... confortable?

—Mucho.

—Bueno, habrá visto que uno de los mayores encantos de Willie es que no le preocupan los prejuicios. Pero si Sawyer estuvo aquí...

—¿Willie debe hacer que señora vuelva?—inquirió el gigantón.

—Bien. Eso estaría muy bien, Willie, pero no volverá. Sawyer se la llevará de aquí—explicó Warrick.

—Mí no consentir.

—No. Ya sé lo que está pensando, pero se equivoca. Sus instintos

son puramente animales y, como el de los animales, absolutamente intalibiles. ¿Qué se te ha ocurrido, Willie?

—Mi arreglo.

—¿Cómo?

—Mi tener amigos.

Y sin añadir más, Willie se marchó hacia el exterior.

—Vamos, viejo amigo—dijo Warrick a Ware— No debemos dejarle solo.

Los tres hombres se dirigieron hacia las afueras, y Willie, provisto de una papelina, se acercó a un nido de hormigas gigantes, que fué cogiendo junto con puñaditos de arena, hasta que la llenó.

—Oiga, ¿qué espera ése que hagan las hormigas? ¿Que la saquen a rastras?

—Si él se empeña, le obedecen.

Cumplida la primera etapa de su proyecto, Willie se dirigió hacia la casa donde se iba a celebrar la boda. Seguido siempre por Warrick y Ware, subió al piso superior, desde donde, a través de las rendijas que había entre las tablas del techo, podía verse claramente la fiesta, y... algo más que eso.

El Juez hacía los preparativos para la ceremonia.

—Bueno. Alguien tendrá que entregar a la novia. No se puede tener

una novia sin que haya alguien que...

—Está bien—interrumpióle Chris— Que lo haga Bill.

Bill se acercó a la joven y se puso a su lado, pero a la izquierda.

—¡Oh, Bill! Está bien—dijo el juez, pero dándose cuenta de que estaba al lado cambiado añadió—: Usted no puede ser la novia. ¡Oh, espere, sí! Póngase aquí. Eso es.

El pobre Juez iba de un lado para otro tratando de organizar a los contrayentes y testigos y se armaba un verdadero barullo. Finalmente consiguió tenerlo dispuesto y ordenó a los músicos que empezaran a tocar.

Los acordes de la marcha nupcial fueron el aviso para Willie para entrar en funciones. Delicadamente dejó caer unas cuantas hormigas rojas sobre el cuello de una de las invitadas. La mujer, acto seguido, se vió presa de una extraña inquietud, seguida de unos espantosos gritos. Las feroces hormigas, cuyo mordisco era tan temido, habían empezado a morderla.

—¡Oh, que me comen! ¡Oh! ¡Quitenmelas! ¡Socorro, socorro!...

Mientras la mujer huía corriendo hacia el exterior, Ware comentaba el hecho con Warrick.

—Este chico tiene grandes ideas.

—Va a resultar muy interesante este experimento.

Restablecida la calma en los bajos, Sawyer ordenó al juez que empezara de nuevo. La música volvió a empezar.

Después de haber firmado en el acta, la pareja se situó delante del juez. Willie iba a soltar otra hormiga, cuyo tamaño explicaba el comentario de Warrick:

—Este es el abuelo de todas las hormigas rojas.

Y el juez de paz decía al novio:

—Ahora repita conmigo... Yo, James Sawyer...

—Yo, James Sawyer...

Sus palabras iban acompañadas por unos movimientos convulsos, producidos por los mordiscos que iba recibiendo de las hormigas rojas y del «abuelo» como dijo Warrick.

—Haga el favor de no gastar bromas—dijo el juez a Sawyer, viendo que éste empezaba a darse manotazos a la espalda y al pecho—. Si no se comporta bien se quedará usted soltero.

Pero el novio no pudo resistir más y empezaba a dar saltos por la

estancia. Los del «piso de arriba» estaban satisfechos de su obra. Ware decía:

—Es casi vergonzoso hacer esto.

—¿Vergonzoso?

—Mi traer más hormigas—exclamó Willie, al ver que se le habían terminado las que traía.

—Oiga. Mi instinto animal me aconseja que nos vayamos de aquí.

Los tres hombres se marcharon. En la calle, el grupo se dividió, pues Willie se marchó a unos quehaceres un tanto misteriosos, mientras que el inglés y Ware se marcharon a casa del primero, donde el fugitivo iba a reponer sus fuerzas antes de partir hacia Yuma.

Mientras tanto, Sawyer daba al espectáculo del día, con la camisa fuera y corriendo por las calles, hasta que se echó de cabeza a una tina de agua para librarse de las hormigas rojas. Pero del interior de la tina surgió una voz de protesta y la cabeza de la mujer que antes fuera víctima de la broma de Willie.

—Eso es—dijo la mujer, al reconocer a Sawyer—. Eso es el mejor remedio.

WILLIE SECUESTRA AL JUEZ

Y O debía estar ya en camino—decía Ware, sentado en la confortable casa de Warrick, después del incidente de las hormigas rojas.

El fugitivo había repuesto su estómago y ansiaba coger el caballo que debía alejarle de aquellos peligrosos lugares. Pensaba que en aquellos momentos Sawyer se habría podido casar por fin con Chris y su presencia allí era obvia, aunque sentía abandonar a Warrick, en quien veía un buen amigo y leal colaborador. En sus escasas conversaciones había comprendido que el inglés tenía su misma opinión sobre la forma en que se tenía que tratar con el problema indio, que en realidad era el primero que había que resolver para intentar hacer de Ari-

zona uno de los estados más ricos y potentes de la Unión.

—No—dijo Warrick—. Usted no se va hasta que brindemos por el éxito de las hormigas.

—Bien se lo merecen—repuso Ware, cogiendo la copa que le ofrecía su anfitrión—. Hicieron buena labor, ¿verdad?

De nuevo su brindis fué interrumpido, pero esta vez no eran los secuaces de Sawyer, sino Willie llevando detenido al Juez de Paz.

—Preso, ¿eh?—dijo el gigantón.

—Muy bien, Willie.

—No hay juez, no hay boda.

—Llévense a ese perturbado

—gritó el Juez, creyendo que entre Warrick y Ware le libertarian.

Pero los dos hombres no hicieron nada para evitarlo.

—Quisiera tener la mitad de su inteligencia—dijo Ware, comentando la acción de Willie.

—Les pido que me lleven inmediatamente adonde estaba o se acordarán de mí—gruñó el Juez, viendo que se hallaba entre enemigos.

—Lamentamos no poderle complacer—repuso Warrick, con su acostumbrada corrección—. No queremos complicaciones, viejo amigo.

—Recaerá sobre ustedes el peso de mi justicia, viejo amigo.

—¿Qué haremos con él?—preguntó Warrick a su huésped.

—No podemos soltarle. Le causaría disgustos.

—Le prometo que lo tendrá si no lo hace—terció diciendo el Juez.

—Mi arreglo—intervino Willie.

—No, no.

—Espera, Willie, sin violencias—dijo Warrick, al ver que Willie iba a atar a su prisionero.

De nuevo se vieron interrumpidos en su tarea. Se oían pasos en el exterior y no se equivocaban al pensar que se trataba de los hombres de Sawyer.

—¡Quieto!—ordenó Ware al Juez, y pidió a Warrick:—Deme el revólver. Enterténgalos lo más que pueda.

—¿Y cómo lo hago?

Warrick cogió un violín y se pu-

so a tocar, mientras Ware empujaba al Juez hacia una habitación contigua, seguido de Willie.

Sawyer irrumpió en el saloncito junto con Nolte y sus hombres, con los rifles apuntando y cara de pocos amigos. El inglés les recibió serenamente y sin dejar de tocar.

—¿Otra vez de vuelta, caballeros? ¿Les gusta la música?

—¿Dónde está ese invitado suyo?—demandó Sawyer.

—Tendré mucho gusto en tocar lo que ustedes quieran. Ensayaba una ligera composición mía, pero si ustedes prefieren que toque...

—¿Le gustaría que le diera un golpe en la cabeza y le hiciera otro chirlo?—dijo Sawyer, indignado al ver que no le hacía mucho caso.

—No mucho.

—¿Dónde está?

—Sus hombres fueron los últimos que le vieron, si mal no recuerdo.

—Lo tiene escondido por aquí—terció diciendo Nolte—. Nosotros lo vimos.

—¿De veras? Bueno. Siéntese y hablemos—insistió Warrick, queriendo dar tiempo a Ware.

Pero los intrusos no se dieron por convencidos y empezaron a registrar toda la casa, hasta que entraron en la habitación del dueño, donde Ware estaba tendido en cama, y a su lado, Willie.

Ware puso cara de lástima y les dijo:

—Déjenme en paz ahora. Ya me apalearon una vez. Déjenme tranquilo. Estoy enfermo.

—¿Dónde está el juez?

—¿Le ha pasado algo?—inquirió Ware, con expresión de sorpresa.

—Desembuche—dijo el expeditivo Nolte—. ¿Quién le ha secuestrado?

—Entonces ¿no se ha casado todavía?—preguntó Ware dirigiéndose a Sawyer, sin hacer caso de la pregunta del jefecillo de los truhanes.

—No. Aun no me he casado.

—Buena. Yo no tengo nada que ver con eso, se lo aseguro. ¡Si no me puedo mover!

—Es muy raro lo que ha pasado. Suspendimos la boda un momento y después no lo encontramos.

Sawyer ignoraba que los allí presentes no eran muy ajenos a la bromita de las hormigas rojas, y los circustantes representaban su papel a las mil maravillas. Warrick se creyó obligado a hacer un comentario.

—¡Esto es magia!

—¿Magia?

—Sí. Un truco como el de la cuerda del indio, ¿sabe?

—¡Cállese!—interrumpió Sawyer—. Todo iba muy bien hasta

que vino ese forastero a meterse en lo que no le importa. El quiere conservar el pellejo, váyase mañana. No olvidar esto, muchachos. Y usted también—le dijo a Warrick—, no lo olvide.

Los intrusos se marcharon creyendo que en aquella casa no tenían ya nada que hacer. Tan pronto como se alejaron, Ware se levantó y del fondo de la cama surgió la obesa figura del juez de Paz, rejoyando y protestando.

—Me ahogaba...

No valieron sus protestas: porque sus «secuestradores» tenían una idea fija. Alejar de allí al juez para que Sawyer no pudiera casarse; hicieron montar al preso a un caballo, mientras Ware se disponía a custodiarle, montado en otro.

—Esto es un atropello. Se acordarán de mí—gritaba el hombre.

—Vamos, cálmese, señor juez. Pronto estará usted en Yuma.

—Yo no quiero ir a Yuma por el camino de Rucson.

—Escuche, juez—le advirtió Warrick—. Es más largo el camino, pero es mucho más pintoresco.

—No voy...

Ante la insistencia del juez, se creyeron obligados a amenazarle, por lo que finalmente accedió.

—Buena, voy... Pero esto no creen que quedará así. Yo tengo



Le acompañó un fuerte
puñetazo en la mandíbula
de Sawyer...



—Dice que Yabkiskama
los dejó escapar...



Era Wilke, llevando detenido al juez de paz.



— ¿tu escuadrón disparará, ¿verdad?
— Sería muy raro.



—Siento que se marche
usted tan pronto,

—Venga con nosotros—
gritó Nolte.



—Claro que soy su amigo— dijo el juez.

Willie recogió a Ware, mareado por la paliza que le dieron los hombres de Sawyer.





A una señal de Cochise
empezó aquella especie de
«juicio» primitiva.

—Ahora repita conmigo:
Yo, James Sawyer.



La danza era espectacular y atrajo la atención de los blancos.



—Estos indios dicen que usted los ha estado engañando.



—Suelten las armas—

El indio, traidoramente,
le lanzó un cuchillo.



Atacaban los indios a caballo, desplegados en acción de guerra.



—Mi pueblo podrá guerra.

influencia con altos personajes, sí, señor. Esto es un ultraje. Les daré cuenta de este atropello. Caerá sobre ustedes el peso de la justicia. ¿Olvidan que soy todo un juez?

Las últimas palabras que pronunció ya no las oyó Warrick, porque los caballos se habían puesto en marcha hacia el desierto. El inglés montó a su vez y les alcanzó seguidamente.

El proyecto era coger la diligencia en el primer poblado, a fin de que el viaje no fuera tan penoso. Warrick se encargaba de todo ello, por lo que al llegar junto a la parada de la diligencia se dirigió al agente encargado.

—No ha pasado la diligencia, ¿verdad?

—No; está a punto de llegar.

—Bien. Le traigo un par de pasajeros.

Mientras esperaban, Ware departía con Warrick, con quien había trabado una sincera amistad.

—Siento que se marche usted tan pronto.

—¿Ya sabe lo que pasa cuando se agarra un toro por la cola?—le

preguntó el explorador, aludiendo a su pugna con Sawyer.

—Yo nunca he agarrado un toro por la cola, viejo amigo.

—Pues si alguna vez lo hace, verá lo que cuesta soltarlo.

—¿Soltarlo?—inquirió Warrick.

—Tengo uno en Washington algo difícil. Si alguna vez lo suelto, volveré.

—Espero que no tardaré en conseguirlo.

—No puedo asegurar si tardaré dos días o cinco años. Depende de la elocuencia que emplee.

Ware aludía a que si conseguía convencer al agente del Gobierno, su causa sería sobreseída, pero que si le fallaba el resorte, le tocarían cinco años de cárcel... si no le añadían un recargo. Warrick pareció entender, por lo que dijo:

—¿Cinco años? Creo que es mucho tiempo para mantener a Sawyer y Christina separados.

—Confío en el instinto animal de Willie.

—Bueno, se hará lo que se pueda, viejo amigo. Cuando antes vuelva, mejor para todos.

LA DILIGENCIA ASALTADA

COMO fuera que Sawyer y los suyos no dieron con el juez de paz y no se resignaba a quedarse sin boda, convenció a Chris de que le acompañara a Tucson, donde sería fácil conseguir que los casasen. La joven acogió la noticia con alborozo, porque significaba dejar por unos días aquellos parajes, demasiado agrestes para su delicada sensibilidad.

Por ello no vaciló en hacer un breve equipaje, presentándose en la plaza del pueblo dispuesta a montar en la diligencia. Sawyer la estaba esperando, y al pie del vehículo se despidieron de los amigos. Christina se despedía de Bill, quien respiraba satisfecho, porque si la boda se desvanecía se quedaba sin el bar.

—Me alegro que no hayan encontrado a ese juez—decía la joven—. Es mucho más divertido casarse en Tucson. Hasta la vuelta. Adiós.

Cuando la diligencia ya arranca, Bill se despedía con la mano mientras murmuraba para su coileto:

—Bueno, me estaba oliendo que me quedaba al fin sin ser el dueño del restaurante.

La diligencia, con los novios por únicos pasajeros, se alejó del pueblo levantando una nube de polvo en el camino. En previsión a posibles ataques de los indios, el cochero iba armado, y además llevaban otro hombre provisto de un rifle de dos cañones.

El viaje transcurría con toda nor-

malidad, hasta que llegaron a un poblado donde la diligencia hizo breve parada. Dos hombres irrumpieron violentamente en el interior, sentándose frente a la pareja. La diligencia apenas se había detenido, y antes no estuvieron sentados ya estaba de nuevo en camino. No le será difícil al lector adivinar quiénes eran los pasajeros si le decimos que quienes les despedían eran Willie y Warrick.

En efecto, el juez de paz y Ware quedaron tanto o más sorprendidos que Sawyer y Chris, al verse reunidos en aquel lugar.

—Oh, oh—murmuró el juez—, señor Sawyer.

—¡Hola! Qué sorpresa encontrarles aquí—dijo Ware, mientras los novios permanecían como mudos de asombro, lo que permitió que el juez se explicase.

—Oiga, yo... yo estaba escondido en la cama. Estaba debajo; él estaba encima de mí. Me secuestraron; ellos me secuestraron... Fué una conspiración para evitar que ustedes dos se casaran.

—¡Ja, ja!—rió Sawyer convulsamente—. Pues lo hicieron bastante bien, ¿eh?

—Sí; pero mejor lo hicieron las hormigas—dijo Ware con tranquilidad.

—Sí, desde luego, desde luego...

Vaya, yo no hubiese podido arreglar esto mejor—repuso Sawyer, asegurándose que llevaba su revólver y haciendo que su antagonista lo viera—. Ahora el juez puede casarnos aquí mismo, cómodamente sentados. Usted, forastero, será el padrino antes de que le obligue a apearse.

—Pero...—protestó Chris.

—Bien... ¿Se me permitirá besar a la novia?—pidió Ware.

Chris estaba como sobre ascuas. La situación en que estaba colocada era muy violenta y la presencia de Ware la intimidaba.

—Pero yo quiero casarme en Tucson—dijo.

—Tiene usted muchísima razón—repuso Ware—. Una mujer sólo se casa una vez. Manténgase firme en lo de Tucson. Recapacite en las doce horas que quedan de viaje, sobre el error que va a cometer.

A la joven le molestaba que se metiesen en su vida particular; por lo que dirigiéndose al juez le dijo:

—Comience, señor juez.

—Allá usted. Trataba de evitar que destruya su vida—dijo Ware, y volviéndose hacia el juez, le preguntó: ¿Dónde me coloco?

—Siguiendo la costumbre, póngase junto a la novia.

—¡Usted se queda donde está!—gritó Sawyer, impaciente.

El juez pareció que iba a protes-

tar, balbució unas ininteligibles palabras y se dispuso a empezar la ceremonia.

—¡Hum! Investido de la autoridad que me confiere la ley como juez de paz...

Ware le interrumpió:

—¡Eh, un momento, juez! ¿No necesita usted dos testigos para que sea legal?

—Oh, no. A esos señores no hace falta... Oh, sí, sí; claro que sí... Oigan, habrán de perdonarme, pero en otra ocasión... ya veremos si...

—¿Dos testigos?—inquirió Sawyer—. ¿De dónde los saco ahora? Bueno... Pues si no es más que eso el inconveniente, ya está arreglado.

Y sacando la cabeza por la ventanilla llamó al guarda.

—Hank, baja un momento.

Mientras el juez trataba de disculparse ante Sawyer, Hank sacó la cabeza desde el exterior, pero precedido por los cañones de su rifle, provocando la sorpresa en los circunstantes, en especial en el juez, a quien no gustaban las demostraciones bélicas.

—Espere un momento—dijo festivamente Ware—. Todavía no ha llegado la hora.

Hank accedió a ser testigo. Y montando en el estribo del vehícu-

lo, se dispuso a presenciar la ceremonia, mientras la diligencia iba avanzando por el desierto terreno de Arizona. El juez inició de nuevo su función.

—Investido de la autoridad que me confiere la ley como juez de paz de Yuma, territorio de Arizona, voy a proceder a unir en matrimonio legal a esta pareja... Ahora bien; de acuerdo con las disposiciones vigentes ruego a los aquí reunidos que si existe alguna razón que se oponga a este enlace, que la alegue ante mí.

—Yo alegaré una—dijo Ware.

—¿Qué?—inquirió el juez como si no hubiera comprendido—. ¿De veras? Durante veinticinco años he estado celebrando matrimonios y éste es el primero que me falla, señor Sawyer. Estoy verdaderamente confundido. ¿Qué será de mi reputación?

Sawyer impuso calma al juez. El mismo no tenía mucha, pero creía que era hora de emplearla ante un tipo tan tranquilo como el forastero. A él se dirigió, diciéndole:

—Reconozco que me he portado muy mal con usted. Primero por haberle arrojado de la diligencia, y después por obligarle a abandonar la ciudad; pero si tiene en cuenta que me rompió la nariz, que me puso morado un ojo, que las hormigas casi me comieron y que me agué la

boda, comprenderá que estamos en paz...

—Bueno, no del todo...

—¡Del todo! — aseguró Sawyer con firmeza, poniéndose la mano sobre el revólver para reforzar su aserto—. Por lo tanto, de ahora en adelante haga el favor de cerrar usted el pico.

—Está bien—concedió Ware—. Eso es razonar como Dios manda.

—Señores, ¿puedo seguir?—dijo el juez—. Por la autoridad de mi vestido, por el vestido... ¡Oh, perdonenme! yo, yo...

El lío que se hacía el juez con su discurso inicial fué cortado por el grito de alarma del guarda:

—¡Los indios!

Y en efecto, en lo alto de la colina apareció un tropel de indios armados de flechas, que se lanzaron en tromba en dirección a la diligencia. El cochero fustigó a los caballos, que emprendieron veloz carrera mientras el coche avanzaba a grandes bandazos.

Mientras tanto, en su interior seguían hablando.

—La verdad es que está dando mucho trabajo su boda, Sawyer.

Chris estaba pendiente de lo que pasaba al exterior, y preguntó:

—¡Oh! ¿Los indios arrancan el cabello a las mujeres?

—Cualquier cosa que le pase a

usted, a partir de ahora, será mejor que ese matrimonio—repuso Ware.

Sawyer, seguro de que por su calidad de agente de los indios le iban a dejar en paz cuando le reconociesen, dijo:

—Bueno, no se preocupen. Cuando sepan esos idiotas que voy con ustedes, estoy seguro que nos dejarán libre el paso.

—Entonces ¿por qué no sale ahí afuera y les dice que se vayan en seguida?—razonó el juez.

—Oiga—preguntó Ware—. ¿por qué cree usted que le obedecerán los indios?

—Porque soy el agente de ellos.

—¡Ah!

La exclamación de Ware no era de sorpresa. Podía considerarse mejor que era de duda; una duda que, por parte de él, no existía, ya que no ignoraba que a los indios enfurecidos no les detiene un agente como Sawyer, que hasta el momento presente no había hecho otra cosa que engañarles.

Y que llevaban las de perder, se veía a la legua. Los indios que iban en cabeza, alcanzaron a la diligencia, e incluso uno de ellos se situó al lado del caballo delantero, con el propósito de detenerle; pero el guardián, de un preciso tiro le puso fuera de combate. Otro indio corrió igual suerte, pero el guardián

ya no pudo ejercitarse con el tercero, ya que una flecha se le clavó en la espalda. El cochero era el único que se podía defender, pero finalmente cayó también fulminado por una certera flecha. No tardaron los indios en detener el coche, que marchaba sin guía.

Los ocupantes del coche no tuvieron más remedio que descender, y los indios, con grandes gritos y exclamaciones, les detuvieron, dejando libre a Ware, su amigo Yahkiskama.

—Esperad un momento, muchachos—gritó Sawyer—. Yo soy el agente indio.

Pero los indios no hacían el menor caso, sólo se limitaban a saludar a Yahkiskama, que en lengua nativa cambió unas palabras con el que parecía ser el jefe.

—¿Qué va a pasar ahora?—preguntó el juez.

—No haga preguntas. Venga.

—Creí que me arrancaban el pelo.

Ware hizo seguir al juez, y cogió a la joven, haciéndola seguir, con el tropel de indios, en dirección al lugar donde estaban acampados. Sawyer protestaba de la forma con que era tratado, pero los indios no le hacían el menor caso. Detrás seguían Ware y Chris.

—Estáis cometiendo un error—

gritaba Sawyer—. Soy el agente indio.

Después de un rato de andar llegaron al lugar señalado. Se veían gran número de tiendas de campaña, cantidad inusitada para tratarse de una sola tribu, lo que fue comprendido seguidamente por Ware.

—Esto no me está gustando. Hay diversas tribus reunidas aquí—dijo a Chris, mientras ésta se zafaba de las indias, que querían tocarla y coger sus ropas.

—A mí no me gustaría aunque sólo hubiera media tribu—repuso ella sin perder el humor.

Atravesando una verdadera multitud de indios, llegaron a una especie de plazoleta donde el jefe indio Cochise esperaba a los prisioneros. Ware se adelantó a saludarle.

—¡Cochise!

—¡Yahkiskama!

—¿For ohay jac a si kama?

—Wha chi ta na.

El incomprensible diálogo entre los dos hombres, al parecer quería indicar que Ware se encontraba en la diligencia con Sawyer de un modo incidental. El joven se había situado al lado de Chris dispuesto a protegerla, máxime cuando Cochise preguntó quién era ella.

—¿Señorita?

Ware atrajo hacia sí a la joven, y contestó a Cochise:

—Mi esposa.

—¿Por qué dice eso?—inquirió la joven por lo bajo. Y con el mismo sistema, le contestó él: «Lo he dicho para protegerla. Tengo que averiguar lo que pasa».

—Es el jefe Cochise—le presentó.

—Bienvenida.

Unos indios condujeron al juez ante Cochise. El buen hombre protestaba por los empujones que le daban.

—Yo... yo no he hecho nada.

—Wha-na-ha.

—Es un amigo—aclará Ware.

—Claro está que soy su amigo—dijo el juez, cogiendo la mano al jefe indio y estrechándosela efusivamente— Juez Homer Burnaby, amigo de los indios. Ese soy yo. Quiero a los indios. Los quiero mucho, ¿verdad? Los quiero mucho.

Ware y Cochise siguieron hablando en indio durante unos instantes. Finalmente el joven se dirigió a Sawyer, que estaba sujeto entre varios indios de aspecto agresivo.

—Sawyer, Sawyer, estos indios dicen que usted los ha estado engañando.

—No les crea, ¡eso no es cierto! Oh, si soy su amigo. Dígales usted que soy su amigo.

Sawyer estaba verdaderamente aterrorizado. Sabía que Ware era el

único que podía sacarle de aquel atolladero y no habría vacilado en cometer cualquier humillación para salvar su pellejo.

—¡No ser amigo!—gritó Cochise— Odiar indios. ¡Robar indios!

El jefe acabó por ordenar a sus hombres que se llevasen de allí a Sawyer. Chris estaba algo inquieta por la suerte de su novio.

—¿Qué van a hacerle esos salvajes?

—No lo sé. Pero lo va a pasar muy mal su futuro-esposo.

No podían impedir que se llevasen a Sawyer, por lo que los dejaron hacer. Instantes después se reunían los principales de la tribu en consejo, al que asistían los cuatro rostros pálidos, como les llamaban los indios.

La discusión era cada vez más animada, principalmente entre Cochise y el jefecillo Jerónimo.

—¿Qué dice?—preguntó Sawyer a Ware.

—La mayoría de ellos piden guerra. Cochise dice que no hace falta pelear si quieren un nuevo agente... Si lo que piden es otro agente, dice que hasta con matar al viejo.

—¿Qué?

—¡Como se lo digo!

Sawyer veía que verdaderamente estaba en muy mala situación. Por ello no vacilaría en hacer cualquier

concesión con tal de evitar que le colgasen de un árbol o le hicieran varios agujeros en la piel usándolo como tiro al blanco.

—Dígame usted que estoy dispuesto a devolver todo cuanto les robé y hasta el doble. ¡Lo prometo! Ande, dígaselo. Son sus amigos.

Ware accedió. Al fin y al cabo, aunque Sawyer fuese su enemigo, era un hombre blanco y su obligación era tratar de salvarle.

—Hace falta tener mucha amistad para arreglar la cuenta que tienen con usted, pero lo intentaré.

Y acercándose hacia Cochise le dijo:

—Sbi mis .Pole tana a coca a ta ne a.

—¿Que hable en su lengua!—gritó Jerónimo con ojos agresivos.

Un murmullo de los indígenas acogió las palabras del feroz jefe. Ware obedeció.

—Sawyer promete devolver a las tribus las raciones que les debe y dimitir...

—Sí, sí; haré lo que quieran.

—Pero han de dejarle en libertad.

—No cumplir Sawyer promesas —dijo Cochise.

—Oh, pero ahora sí. Doy mi palabra.

—¿Tiene usted el ganado robado?—le preguntó Ware.

—Sí; lo tengo en mi rancho.

Al joven explorador le bastó la contestación del agente y en un rasgo de generosidad preguntó a Cochise:

—Oiga, ¿le basta mi promesa?

—Sí.

—Deje a Sawyer a mi cuidado. Yo haré que ustedes reciban el ganado.

Pero Jerónimo no estaba convencido con aquella solución. Quería la guerra y había que obtenerla a toda costa.

—No, no; wa na ne. Wa na ne.

—Mira, escucha, Jerónimo, hermano mío.

—Tú no mi hermano—protestó el indio—. No es hombre blanco mi hermano; él morir.

—...Y os lanzaréis a la guerra.

—A mi gustar guerra.

—La guerra no conviene a tu pueblo.

El jefe indio trató de conciliar los ánimos y convencer a su lugarteniente que las palabras de Ware eran ciertas.

—Hermano habla verdad.

—¿Yahkisikama? Uno que gana a todos siempre. Pero no ganarme a mí.

—Bueno, Jerónimo — concedió Ware —, yo te desafío a una pelea, si quieres, prometiéndome dejarle libre si te gano.

—No.

—¿Miedo, corazón de conejo?

—preguntóle Ware, infiriéndole el mayor insulto que podía decirse a un indio de aquellas tribus. Y para

reforzar su reto le pegó una bofetada, como para tumbar al hombre más fuerte. Jerónimo la recibió sin pestañear, y contestó:

—Pelegaremos.

UN DUELO AL ESTILO INDIO

INMEDIATAMENTE después que Ware había retado a Jerónimo, se iniciaron los preparativos para el singular duelo. El joven explorador, con el tórax desnudo, era pintado con largas rayas blancas y rojas, al estilo de los indios. Sawyer se acercó hacia allí buscando una conciliación. Pero más que por el rasgo altruista de Ware, de salir a luchar para salvar su vida, era ante el temor de que pudiera perder el combate y con él su propia libertad.

—¿Está usted seguro de que podrá ganarlo?

—No lo sé. No estoy en muy buenas condiciones—repuso Ware, recordándole con sus palabras la paliza que mandó darle por sus secuestrados.

—Escuche, lamento mucho lo que ha pasado entre nosotros—repuso él, dándose cuenta de la indirecta—. Pero si puede hacer algo por mí, me portaré bien con usted. No tendrá que preocuparse por nada.

—Diga—repuso Ware impaciente—, si tuviera sus mismos instintos, permitiría que le mataran, pero es usted un hombre blanco. ¡Lárguese de aquí antes de que me olvide de los colores!

—Sí...

Sawyer se alejó, al tiempo que se presentaba Cochise, preguntando si estaba dispuesto para empezar el combate.

Jerónimo y Ware subieron en sus respectivos caballos. Unos indios les facilitaron una larga cuerda, dando

un extremo de la misma a cada uno de ellos, que se la anudaron en el pecho con un nudo corredizo.

—¿Pero qué es lo que van a hacer?—preguntó Chris, angustiada, a una de las indias que la rodeaban.

—Ver quién es más fuerte.

Sería declarado vencedor aquel que consiguiese desmontar a su adversario y arrastrarle con la cuerda. A una señal de Cochise empezó aquella especie de «justa» primitiva. Los dos hombres tiraban con todas sus fuerzas, procurando dominar el caballo con los pies. Sus manos, como férreas garras, tiraban de la cuerda, con lo que trataban de evitar la presión del nudo corredizo en su cuerpo y al mismo tiempo derribar al adversario; las evoluciones de los caballos no eran acciones nada despreciables. La lucha era igualadísima; pues si Ware era fuerte, Jerónimo era uno de los mejores luchadores entre los indios. El juez y Chris animaban a su acompañante.

—¡Ande, forastero!

Finalmente Ware consiguió hacer caer a Jerónimo y luego fustigó a su caballo, arrastrando al jefecillo indio durante unos metros.

Luego regresó y Cochise le levantó el brazo, dándole vencedor de aquella primera prueba.

—Ha estado usted estupendamente—comentó Sawyer.

—¿No está mal, eh? —repuso Ware con sorna.

Luego se dispuso a contemplar cómo su rival realizaba la segunda prueba.

El caballo de Jerónimo estaba situado a unos cincuenta metros. El indio llevaba un arco y flechas en bandolera y se puso a correr subiendo al caballo de un salto y regresando al galope; por el camino se quitó el arco, colocó la flecha y la disparó en el preciso instante que pasaba a la altura de una piel con un redondel pintado de blanco, en cuyo centro había un pequeño disco negro. Al parecer, la flecha disparada por Jerónimo se clavó en el centro.

El indio bajó del caballo y se paseó con aire de triunfo entre sus hermanos de raza. Mientras tanto, Ware se disponía a realizar la misma gesta.

Con piernas ligeras, no presumible en un hombre que en las últimas horas había sufrido tanto vapuleo, salió en busca de su caballo, montó de un salto y lo puso al galope en dirección al blanco. Serenamente se quitó el arco, lo tensó y lanzó la flecha, con tal acierto que vino a clavarle casi en el mismo punto que la de Jerónimo.

Bajó del caballo junto a Sawyer, mientras Cochise iba a dictaminar

quién se había acercado más al blanco.

—¿Qué ocurre si él ha ganado?

—Inquirió Sawyer, un tanto angustiado.

—Pues que estamos iguales.

—¿Y cuánto tiempo ha de durar esto?

—Muchas veces dura semanas; y yo estoy ya muy cansado.

En aquel instante Cochise declaraba vencedor a Jerónimo. La cosa había sido por escasos milímetros, pero el empate era evidente. Por tanto, procedía a efectuar la tercera prueba; no se podía declarar un vencedor hasta tanto no se hubiera triunfado dos veces seguidas, o uno de los luchadores se diese por vencido.

Ware se puso junto a una tabla con un palillo en la boca. Jerónimo, desde unos veinte metros, le lanzó una pequeña hacha, que se clavó a dos palmos de su cabeza.

Se invirtieron los términos, y Jerónimo se colocó de espaldas a la tabla, mientras desde la misma distancia, el forastero le lanzó el hacha con tal acierto que clavó en la madera una de las plumas con que adornaba su cabeza.

De nuevo se tenía que realizar la operación. Ware jocosamente se puso en la boca un palillo mucho más largo, diciéndole a su antagonista:

—¿A ver si con éste más grande aciertas? ¿Qué, atinarás con este otro?

Jerónimo lanzó el hacha con menos acierto si cabe, y mientras Ware la desclavaba, el indio, traidoramente, le lanzó un cuchillo, que se clavó a escasos centímetros de su cara.

Un murmullo de desaprobación flotó por el ambiente. Todos los indios miraban a Jerónimo despectivamente... menos Ware, que se levantó tranquilamente, diciéndole:

—Bastante bien, pero ahora me toca a mí. Anda, ponte allí... Vamos.

Pero Jerónimo renunció.

—No... no más.

—Cobarde—rugieron los indios, pero le dejaron marchar, prefiriendo ver cómo Cochise declaraba vencedor a su amigo Yahkizikama.

Sawyer se acercó para felicitarle.

—Eh, oiga: estuvo muy bien. ¿Ganamos, verdad? ¿Y qué pasa ahora?

—Pues que usted ya está libre y no tiene por qué preocuparse; ahora dicen que vamos a celebrar mi boda con Christina.

—¿Con Christina? Oiga, ¿qué dice usted?

Sawyer quería protestar, pero los indios le detuvieron y se lo llevaron de allí, mientras Ware cogía a Christina del brazo y se situaba a la

presidencia de una singular fiesta que celebraban los indios.

—¿Qué pasa?—preguntaba la joven, extrañada, ignorando todo cuanto ocurría— ¿Qué es esto? ¿Qué van a hacer ahora con nosotros?

Era natural su alarma, porque los indios se habían entregado a una desenfrenada danza y Christina pensaba que a lo mejor iban a sacrificarlos.

—Tranquilícese. Todo va bien—dijo Ware.

—¿Seguro?

—Ahora van a bailar en honor a nuestro matrimonio.

—¡Eh! ¿Qué dice?

—¿Quiere usted estropearlo todo? ¡Estése quieta y disimule!

—Estaré quieta: pero no me gusta esto.

Los indios cesaron en su danza, y salieron un hombre y un niño con diversos aros, con los que empezaron a hacer cientos de combinaciones, pasando ora una pierna u otra, los brazos o el cuerpo, de tal forma que parecía que de un momento a otro iban a quedar aprisionados en ellos, pero la danza era espectacular y atrajo la atención a los blancos, que por un momento olvidaron la delicada situación por la que atra-

vesaron y que no acababa de verse muy clara todavía.

—Esta representación sustituye a nuestra costumbre de arrojar arroz a los novios.

—¡Ah!—hizo Chris, semidespectiva.

Terminada la danza, varios indios, a la cabeza de los cuales iba Cochise, se dirigieron a la pareja de los supuestos novios.

—Cha-ni-ni. (Ande, bésela.)

—Esto sí que no le va a gustar—dijo Ware a su acompañante.

—¿Qué pasa?

—Pues que a los indios les hace mucha gracia ver cómo los blancos ponen sus caras juntas cuando están enamorados y hemos de complacerles.

—¿Pero creen que voy a prestar-me a semejante exhibición?—protestó ella.

—No hay más remedio—repuso Ware. Y sin pedir permiso, la besó, ante el jolgorio de los indios.

Pero la sorpresa de éstos fue cuando Ware la soltó, ya que ella le propinó una sonora bofetada.

—Oh, na ooo, na ooo—dijeron los indios, que quería significar: «Malo, malos».

Cochise les miraba sonriente, y dijo:

—Nuestras costumbres difieren,

pero el resultado ser el mismo... Miren el chichón en mi cabeza.— Y les mostró el resultado de cierta tentativa amorosa.

La fiesta terminó con mucha más

apacibilidad de lo que suponían y el jefe Cochise cumplió su palabra de dejarles en libertad, facilitándoles además unos caballos para que pudiesen regresar a la ciudad.

WARE HUYE Y REAPARECE

LA comitiva de los cuatro avanzaba en fila de a uno por un estrecho sendero. Abría la marcha Sawyer, seguido de Chris, Ware y el juez de paz. El paisaje era agreste, y la belleza de las montañas era algo que sobrecogía; un silencio solemne acogía las pisadas de los caballos, amortiguadas por la hierba que crecía, vivificada por el frescor de un arroyuelo que discurría muy cerca.

Chris miraba repetidamente hacia atrás y Ware la sonrió, a lo que ella correspondió. Al parecer, la joven ya no odiaba al forastero tanto como había creído; indudablemente era un joven simpático y valiente al que no arredraban las dificultades.

De pronto, Sawyer divisó una ca-

ravana al pie del monte que acababan de ganar. Se trataba de un destacamento de soldados.

—¡Miren... eh! — exclamó alegremente el juez.

—¡Eh! — gritó Sawyer—. ¡Estamos aquí arriba! Esperen un momento, ya bajamos.

Los cuatro jinetes pararon sus caballos, en espera de ser vistos. Por la mente de cada uno de ellos cruzaban muy distintas ideas, pues mientras para Chris y el juez significaba la liberación, para Sawyer era el retorno de su poderío, y para Ware tal vez la cárcel, ya que desconfiaba de las promesas del agente.

—Ya nos han visto, ¡vamos! — dijo éste, que ya se sentía de nuevo como si fuera el jefe.

Lanzaron sus caballos al galope

cuesta abajo y a los pocos minutos se hallaban junto al grupo de soldados que mandaba el teniente Burke. Con ellos se hallaba también el inevitable Warrick, que conocedor de la captura de la diligencia se había apresurado a colaborar en la búsqueda de los pasajeros.

—Después de ver el estado en que quedó la diligencia, no esperaba encontrarles — dijo Warrick, saludando a los recién llegados.

—Verdaderamente hemos escapado de milagro.

El inglés hizo las presentaciones.

—Teniente Burke, aquí el señor Sawyer...

—Teniente, ha llegado usted oportunamente. Ahí arriba hay varias tribus de indios. Una gran partida guerrera.

—Lo siento — repuso el teniente —, pero no dispongo de bastantes hombres para atacarles. No somos más que una pequeña avanzada del destacamento. ¿Qué partida es ésa?

—La de Cochise.

—¿Y lograron escapar?—inquirió el teniente, extrañado de que el jefe indio les hubiera soltado por las buenas.

—No escapamos—dijo Chris, y volviéndose hacia donde suponía se hallaba Ware, añadió—. El señor... ¿Dónde se fué?

Todos se volvieron hacia aquel lugar y el teniente Burke preguntó:

—¿Quién?

—El hombre que nos salvó. Conoce a los apaches. Les habló en su lengua...

—Deme detalles de él.

—Pues es tan alto como el señor Sawyer y trigueño...

—Quisiera que hubiese visto lo que hizo con un apache que se atrevió a plantarle cara—intervino diciendo el juez—. A pesar del peligro que corría con los indios, prácticamente barrió el campo con aquel infeliz, y sometidos los indios, casi comían con la mano de él, digo, de su mano.

—Ese sólo puede ser un hombre: Jonathan Ware. ¿Cuándo les dejó a ustedes?

—Pues hace solo un momento; supongo que ahí arriba, en el sendero.

El teniente se volvió hacia sus hombres dando órdenes concretas.

—Distribuirse, muchachos. No puede estar lejos...

—¿Qué ha hecho?—inquirió el inglés, que hasta aquel momento había permanecido silencioso.

—Lo bastante para que den quinientos dólares por su captura. ¡Les veré en la ciudad!

La partida de soldados se diseminó por la montaña, al galope de sus

caballos, tratando de hallar en aquellas agrestes montañas al fugitivo.

—Con razón suponía que no era de fiar... —exclamó Sawyer.

—¿Cuándo te tenían detenido también lo suponías? —preguntó Chris despectivamente.

—¡Que va!

Los ex prisioneros de los indios, acompañados de Warrick, se dirigieron hacia la ciudad. Todos estaban sumidos en sus pensamientos y nadie contestaba a la palabrería del juez de paz, que no se cansaba de elogiar el valor y la destreza de Ware, a quien consideraba que debía la vida, por lo que le perdonaba todos los desaguisados que había cometido con él. Sawyer era menos agradecido, y seguro que estaba pensando la forma en que podría deshacerse de él si volvía a atravesarse en su camino.

Por su parte, Chris adivinaba que el forastero era un hombre todo nobleza. La forma que tuvo de comportarse en aquellas últimas y graves horas transcurridas le hacían creer que era imposible que se tratase de un delincuente vulgar, y que si era perseguido por la justicia se debería a circunstancias fortuitas.

Si la joven se hubiera atrevido a expresar su pensamiento, seguramente habría llegado a las mismas conclusiones que Warrick. No obs-

tante, aunque no se hubiera hablado del asunto, ambos estaban convencidos de que estaban de acuerdo sobre el apoyo que debían prestar a Ware.

Pero Chris podía añadir a su confianza en el amigo de los indios, otro sentimiento mucho más intenso que el de la simpatía que le podía provocar su actitud y su porte. Veía en Ware al hombre enérgico, fuerte y decidido capaz de salir adelante de las más difíciles empresas, y por otra parte reconocía su nobleza de corazón y una delicadeza de sentimientos que nunca podría tener Sawyer, que solamente era un ambicioso un tanto audaz, pero cuya valentía desaparecía como por ensalmo cuando no estaba protegido por sus secuaces armados.

Mientras la comitiva marchaba con paso decidido hacia el poblado, el teniente y sus hombres, lanzados por la montaña no lograban dar con el fugitivo. Era muy difícil darle alcance, ya que Ware era un perfecto conocedor de aquellos lugares y poseyendo un caballo podía conceituarse como una empresa imposible. Seguramente si el mismo teniente conociera la historia de Ware, no se habría preocupado de perseguirle, pero como únicamente tenía la orden de sus superiores e ignoraba por completo el porqué de aquel ensa-

flamamiento contra el explorador indio.

Cuando el oficial regresó al pueblo, fué informándose de todo cuanto había ocurrido y una conversación con el Juez de Paz, que con su incesante y embarullada palabrería le contó con todo detalle todo cuanto había ocurrido desde la llegada al pueblo. Tampoco faltó quien le informase de la personalidad de Sawyer, y así, el representante del Ejército se pudo hacer una composición de lugar que le iba a servir de mucho en sus sucesivas actuaciones.

La misma Chris había puesto en orden sus pensamientos y regresó a su establecimiento dispuesta a descansar de las fatigas de aquellas últimas horas. Las emociones habían sido fuertes y presentía que se avecinaban otras no menos afectivas, y en su pensamiento bailaban infinitos y descabellados proyectos en los que la figura central era la de Jonathan Ware; todo lo concerniente a su boda y al compro-

miso contraído con Sawyer, se iba difumando en su cerebro, y la imagen del negociante se le aparecía muy borrosa y casi por completo desaparecida en el horizonte de sus ensueños.

Durmió con sueño agitado y casi febril y muy de mañana se levantó con la cabeza despejada y su decisión tomada.

Muy otra fué la noche de Sawyer, que satisfecho por la presencia de un núcleo del Ejército, dió instrucciones a sus hombres para que evitasen todo encuentro con los soldados, en los que debía cifrar su principal apoyo. Estaba convencido de que Ware había huido muy lejos de aquellos lugares, y la presencia de las fuerzas regulares le garantizaban la tranquilidad en aquel aspecto. Si regresaba sería detenido; si no volvía, estaba seguro en su puesto y podía hacer lo que le viniera en gana con los indios. La alternativa era de su gusto y quedó francamente satisfecho de las conclusiones.

JONATHAN WARE, DETENIDO

A l día siguiente, Sawyer se fué al bar de Chris para tratar de convencerla que accediese a casarse definitivamente con él. No obstante, era de suponer que la joven había renunciado a tal matrimonio, por cuanto se había hecho cargo de nuevo de su establecimiento, mientras el pobre Bill quitaba otra vez su nombre en la muestra de la casa.

El negociante iba siguiendo a la joven por toda la casa, hasta que ella se puso tras el mostrador limpiando vasos.

—¿Que te pasa conmigo ahora—decía él—que te encuentro tan diferente?

—No, nada diferente. Sólo que comprendo que íbamos a cometer

un error y estamos a tiempo de rectificar.

—Sí; pero estamos prácticamente casados—recordó él, pensando en que habían firmado el acta—. ¿Es que quieres convertirme en el hazmerreir de toda la ciudad?

—Eso será fácil de arreglar...

En aquel momento entraba Bill, mohino y enfadado por haberse quedado sin el bar.

—Hay gente que no sabe decidirse—rezongaba—. Eso es lo que pasa. Ya me estoy cansando de bajar y subir esas escaleras para colocar la muestra.

—Bill—gritóle Sawyer, esperando que un tercero pudiera suavizar las cosas—. Mira a ver si puedes hacerla entrar en razón.

—Hay sólo dos maneras de ma-

nejar a las mujeres — sentenció Bill—, y nadie sabe cuáles son.

—Escucha—dijo de nuevo Sawyer, dirigiéndose a Chris— Si estás enfadada conmigo porque engañé a unos cuantos indios... yo les...

—Vamos a no hablar más del asunto.

—Chris — insistió él—, ¿quieres ser de una vez razonable? Si depende eso tu felicidad, devolveré a los indios todo lo que tú quieras.

—Me es indiferente.

La conversación quedó interrumpida por la presencia de Nolte, que solicitó la presencia de su jefe al exterior, debido a cierto descubrimiento que acababan de hacer. Aprovechando que Sawyer la dejaba tranquila, se marchó a la cocina, siendo sorprendida por la presencia de Ware.

—Váyase en seguida... ¡Jim está aquí!

Indudablemente la joven temía por la suerte que pudiera correr Jonathan; pero éste, como de costumbre, no temía nada.

—¿Por qué no se ha casado con Sawyer?

—Porque... una mujer tiene derecho a cambiar de opinión.

—¿Qué le hizo cambiar?

Chris no quiso contestar a la pregunta, e insistió en que se marchase.

—Por favor... váyase antes de que sea tarde.

—Lo haré... Pero dígame, ¿sabe lo que Sawyer piensa hacer con ese ganado?

—No; pero procuraré averiguarlo. Nos veremos en casa de Warrick. Se lo suplico, váyase.

Las recomendaciones de la joven resultaron inútiles. Se abrió la puerta y, tras de ella, apareció Sawyer con su aire zumbón y dominante.

—Si quiere, puede salir—le dijo a Ware.

—Gracias.

—Debí adivinarlo. La verdad es que soy estúpido.

Ware no hizo caso de las palabras de Sawyer y fué directo al asunto que le tenía más preocupado.

—Ahora que está en libertad, ¿qué piensa respecto a su promesa a los indios?

—Eso depende de Chris—repuso el negociante.

—Me figuro que a ella no le gustan las condiciones.

—No me gustan — contestó la aludida.

—Usted sabe lo que pasará si no cumple la promesa—le recordó Ware a Sawyer.

—¡Ah! No me preocupa eso. Tendremos aquí una guarnición del ejército. Me defenderán los soldados que ya han llegado.

Y para demostrar la verdad de sus afirmaciones, mandó entrar a un grupo de sus hombres que tenía apostados en el exterior.

Ware no se inmutó lo más mínimo, pero sí captó el movimiento y la exclamación de sorpresa de Chris. Indudablemente, la joven sufría por lo que le pudiera ocurrir al forastero, pero éste, tranquilamente, siguió diciendo:

—Cochise no esperará, para atacar, a que llegue el resto de la tropa.

—Después de cuanto prometí que haría por usted si conseguía escapar, supongo que creerá, si no lo cumplo, que soy un desagradecido —dijo Sawyer, ordenando con un ademán que hicieran prisionero a Ware—. Pues no lo soy, pero tal como están las cosas, tengo que velar por mis intereses.

—Ah, claro... Apuesto lo que quiera a que yo tendré más suerte que usted... —replicó el detenido, y volviéndose hacia sus aprehensores exclamó—: Cuando quietan, muchachos.

Los hombres consumaron la detención, pero antes de que se lo llevaran, Chris se adelantó hacia él y le dió un beso de despedida ante la sorpresa de los concurrentes y, principalmente, del despechado novio. Lo que no vio nadie fue el rostro de

un indio, que veía cuánto estaba ocurriendo a través de la ventana.

El indio voló, más que corrió, hacia el campamento de los apaches y allí puso de relieve todo cuanto había ocurrido. Cochise hizo una cuestión personal de aquel asunto. El, como jefe, había concedido la libertad a los blancos fiando en la palabra que le diera su amigo Yahki-sikama, y ahora, ante los informes que acababa de recibir de su enlace, veía con claridad que el juego de Sawyer no era limpio ya que en cuanto se vió en libertad y con los medios coactivos a su alcance, se había apresurado a detener a Ware, que en definitiva era el único capaz de comprenderles y corresponderles.

Procuró que Jerónimo no se entorpeciera de aquel hecho, ya que sabía que su segundo era capaz de soliviantar a la población india y la guerra sería incontenible. Por una vez más decidió entablar negociaciones con los blancos confiando en que se conseguiría llegar a un amistoso acuerdo.

Sigilosamente y sin escolta de ninguna clase se marchó hacia la ciudad. La presencia de indios armados con el quizá habría sido contraproducente y prefirió ir solo.

No obstante, su marcha fué observada por Jerónimo, aunque no

quiso dárlo a conocer. Interrogó al enlace el cual, presionado por el segundo jefe no vaciló en explicarle cuanto había visto y la actitud de Sawyer. Sus ansias guerreras quedaban satisfechas puesto que Ware había sido reducido a la impotencia y tal como se desarrollaban las cosas, Cochise no tendría más remedio que proclamar la guerra.

Mientras el jefe estaba en el pue-

blo, Jerónimo se dedicó a soliviantar los ánimos de los principales jefecillos y les inculcó la idea de que Cochise sería apresado y sus justas reivindicaciones reducidas a cero. Los más sensatos convinieron en que debía concederse un margen de confianza a los blancos y esperar unas horas a que regresara su jefe. Si transcurrido el plazo no volvía, la guerra era un hecho.

SAWYER Y COCHISE FRENTE A FRENTE

POCO después, ante la puerta de la oficina de Sawyer, acababa de llegar un visitante de excepción. El jefe indio Cochise, sin escolta de ninguna clase, se presentaba ante el llamado agente de los indios.

- Bienvenido a la ciudad, jefe
- le dijo uno de los hombres.
- ¿Puedo ver a Sawyer?
- Claro...

Lo introdujeron al despacho, donde Sawyer estaba sentado despachando sus asuntos. Cochise se quedó en pie, y detrás de él se situaron Nolte y otro esbirro.

—Hola, jefe. ¿Qué le trae por la ciudad?

—Han arrestado a Yahkisikama

—exclamó el indio.

—Ah, sí. Oí decir que habían apresado a su amigo Ware.

—¿Usted cumplir promesa ahora aunque no está?

—Pues le diré. Las cosas han cambiado. Yo soy el amo otra vez...

—Mi pueblo pedirá guerra.

—¡Oh! ¿De veras?... No lo harán mientras sea usted mi prisionero.

Los hombres de Sawyer apresaron traidoramente a Cochise y lo encerraron en el sótano de la casa, seguros de que no podría escapar.

Mientras tanto, el otro cautivo, Ware, era conducido por un sargento y varios soldados en dirección al fuerte Yuma. Siendo ya de noche decidieron acampar en plena selva, por lo que el sargento Melvey dispuso un centinela y se acostó. Su descanso duró bien poco, pues a los

pocos momentos se oyó el ruido de una carreta que se acercó allí a los pocos momentos. El centinela la detuvo.

—¡Alto!... ¿Quién es usted, y adónde va?

—Soy Christina Larson—dijo la joven, apareciendo con las riendas en la mano. ¿Quién es el jefe aquí?

El sargento se acercó y reconoció a la joven.

—¿Quiere decirme qué busca por aquí?

—Quería pedirle que me escoltasen hasta Yuma.

—Esto no es una oficina de escoltas.

—Pero yo tengo derecho a que se me proteja igual que a otros—replicó la joven serenamente, mientras Ware, encadenado, escuchaba aquel diálogo, pensando lo que debía proponerse la joven con su actitud.

—Usted sabrá lo que se propone. Baje si quiere.

—¿Puedo hablar con Jonathan?

—pidió Chris.

—No hay inconveniente.

El forastero se interesó por si algo había ocurrido que motivara aquella huida.

—No, nada ha pasado. Sólo que me voy a Yuma contigo, eso es todo.

—¡Ah!

El sargento intervino, impidiendo otro comentario.

—Está bien... Ya habló con él. Ahora vuélvase a su carro.

—Déjala tranquila. ¿Qué mal puede hacer?

—A su carro... Martin, avive el fuego y ponga otro centinela—ordenó el sargento— Ven conmigo, Tom. Desengancharemos los caballos, por si acaso.

De pronto, unos feroces gritos hendieron el espacio. Chris hizo una exclamación de asombro.

—Son los indios apaches.

El sargento no se inmutó lo más mínimo y miró a uno de los soldados, riéndose.

—He estado por este país nueve años y nunca he oído un grito de guerra tan alimitado... Le diré algo más, señorita. Los indios nunca atacan de noche... Ustedes, muchachos, tráiganme a esos indios de pega aquí. No le dejan dormir a uno con tanto ruido.

En efecto, los indios eran nada menos que Warrick y el juez de paz, que se habían prestado con Chris para hacer aquella jugarreta y libertar a Ware.

Chris se acercó a su carro y debajo de una manta apareció la cabeza de Willie, el cual en voz baja dijo:

—Señorita Chris, mejor mí arregla.

La joven decidió dejar hacer al

gigantón y procuró atraer al sargento junto a la parte posterior de la carreta.

—A pesar de lo que usted dice, no estoy tranquila.

—Salió mal la combinación, ¿verdad?—repuso el sargento. Pero no tuvo tiempo de terminar la frase, porque apareció Willie y cogiéndolo por el cuello lo sujetó de tal manera que le impidió toda acción y el menor grito.

En aquel mismo instante, los soldados acababan de detener a Warrick y al juez y los conducían al campamento. Pero Chris había libertado ya a Bill y éste empuñaba el magnífico revólver del sargento y conminó a los soldados:

—Suelten las armas.

—Yo no tengo revólver—musitó el juez que se hallaba entre los soldados.

—Usted no, juez. Ahora ustedes tiéndanse en el suelo con sus compañeros. De prisa, amárrenlos.

El juez y Warrick, ayudados por Willie, amarraron a los soldados,

mientras Ware se despedía del sargento.

—Si sirve usted para algo útil, podrá desatarse dentro de un par de horas.

El juez se hizo un llo al atar uno de los soldados y tuvieron que desatarle a él. En seguida dispusieron la marcha, regresando a la ciudad. Warrick censuraba a Jonathan que no procurase escapar.

—Creo que está usted loco—le decía—. Debe usted marcharse a Washington ahora que puede hacerlo.

—Eso cree usted. Todavía no puedo. La única razón de haber podido manejar a los indios hasta ahora es que siempre los he cumplido lo prometido.

—Pero, Jonathan—dijo Chris—¿Qué puedes tú hacer ahora?

—Coger a Sawyer.

Los dos hombres convinieron un plan de campaña que se dispusieron a poner en práctica inmediatamente.

OTRO CAMBIO DE DECORACION

WILLIE y Warrick se encargaron de apresar al negociante, mientras Ware proyectaba recoger todo el ganado robado a los indios para devolvérselo. Willie tuvo que golpear a Sawyer para sujetarle y poder llevarlo tranquilamente a la carreta, donde Jonathan y Chris les esperaban.

El «forastero» ordenó a Chris que fuera a avisar a Cochise, ignorando que el jefe indio estaba detenido en la bodega de Sawyer. Cuando éste reaccionó, Ware le colocó una espasa en la muñeca, sujeta con larga cadena, a otra que se colocó él mismo. La llave la guardaba Chris, que se marchó hacia el pueblo.

La carreta se puso en marcha. Cuando Sawyer se acostumbró a la

semiobscuridad del interior del vehículo, Ware, jocosamente, le presentó a los demás circunstantes.

—Usted ya conoce a estos caballeros, ¿verdad? Lord Warrick y el juez—dijo, y omitió a Willie, porque éste no contaba.

—¿Les puedo preguntar adónde me llevan ustedes?

—¿Puede?

—Creo que dadas las circunstancias, es lógico que lo sepa—terció Warrick.

—Usted irá a una de estas dos partes: u otra vez con los indios, o a buscar el ganado que les prometió. Ahora debe elegir.

—Entonces vamos a mi rancho, es preferible—accedió Sawyer ante la alternativa que le presentaban.

—Comprenda usted la intención.

Procuró velar por mis intereses—añadió Ware.

—Claro, es una lástima que no estemos unidos.

Ware le mostró la cadena que unía ambas esposas.

—¿Que no estamos unidos? Y a lo mejor vamos a parar a una misma celda.

Ware ordenó a Willie, que conducía, que procurase acelerar la marcha. El tiempo apremiaba; lo cierto es que las circunstancias empujaban por momentos. Warrick divisó una columna de humo en lo alto de la colina. Era la señal de guerra de los indios.

—¿Usted, apresó a Cochise?—preguntó Ware a Sawyer, adivinando lo que había ocurrido.

—Sí.

—¿Y por qué hizo esa estupidez?

—Era necesario, a falta de otra protección, en caso de que empezaran la guerra.

—Ya empezó—gruñó Ware, y volviéndose hacia Warrick, le dijo:—Mantenga el ganado caminando. Sólo Cochise puede contenerles.

Por la otra ladera de la montaña bajaban los indios a caballo desplegados en acción de guerra. Jerónimo los había levantado en armas al ver que no era cumplida la promesa de Yahkiskama, y que Cochise había

desaparecido; probablemente preso o muerto por los blancos.

Un jinete que había avistado a los primeros indios, entró en el pueblo a todo correr, dando la voz de alarma. Las campanas de la casa de la ciudad empezaron a doblar, y pronto la escasa tropa que allí había se dispuso para el combate. El teniente daba órdenes a sus subordinados.

—Tú, tú y tú, tomad un edificio al otro lado de la calle... Vosotros situaros a la otra esquina.

También entraron al pueblo, por el otro lado, Ware, sujeto por la muñeca a Sawyer y el juez de paz.

El joven deseaba verse libre, para poder libertar a Cochise y que éste contuviera a los indios. La carretela entró como una tromba volcando en un viraje ya en el centro de la ciudad. Sus ocupantes cayeron aparatosamente, pero no se arredraron y en medio de una lluvia de flechas que lanzaban los primeros indios que entraron en la población, trataban de acercarse al bar de Christina.

El juez se tapó con una fona y avanzaba penosamente hacia el bar al que Sawyer y Ware habían conseguido llegar, salvando la barricada que en la puerta había hecho la joven ayudada por el viejo Bill.

—Chris, ¿qué hiciste con la llave que te di?

La joven no lo recordaba por el momento y tuvo que irse a una de las habitaciones interiores para buscarla. Ware comprendió que no tenían un minuto que perder, puesto que los indios se habían adueñado de las calles y disparaban flechas de fuego, y alguno que otro hacía uso de fusiles que habían arrebatado a los prisioneros; Jerónimo era el alma de la batalla y no cesaba de animar a sus hombres en la feroz lucha. Muchos indios caían por las balas certeramente lanzadas por los blancos; pero también muchos de éstos eran alcanzados por los disparos y flechas de los apaches. Por momentos iba aumentando el número de indios atacantes y si no se ponía coto a sus desmanes, en pocas horas la ciudad iba a convertirse en desoladas ruinas y cementerio de todos los blancos.

Por ello, Ware arrastró a Sawyer hacia la oficina de éste, para liberar a Cochise, y tuvieron el acierto de poder salvar la calle sin verse molestados.

Mientras libertaban al jefe indio, el juez pudo refugiarse en casa de Chris, mientras ella, tapada con la lona que usara el juez, llegó hasta la casa de Sawyer no sin que oyera silbar muy cerca de sus oídos las flechas lanzadas por los indios.

Entregó la llave a Ware, y éste se

apresuró a librarse de las esposas, al tiempo que decía a Cochise:

—Tengo su ganado. Ahora salga a la calle y pare la pelea.

—No—contestó el indio, con ceño adusto—. Primero morir Sawyer.

—Luego—concedió Ware.

Cochise accedió y salió a la calle, dando grandes gritos para detener la guerra. Los indios fueron obediendo y quedaron formando semicírculo enfrente a su jefe y a Ware, que estaba a su lado. En esto apareció Jerónimo montado en su caballo y sostuvo una violenta polémica con su jefe, empleando su idioma nativo. De pronto, el bélico jefeecillo sacó un revólver y disparó contra Cochise, no acertando en el blanco, porque Ware le había dado un empujón, lanzándose él mismo hacia el otro lado.

Los indios reaccionaron, pero era inútil, ya que Ware se había lanzado contra Jerónimo y lo derribó del caballo, dejándolo a la merced de sus enfurecidos hermanos de raza.

—¿Con qué querías jugar, eh?—dijo Ware, contemplando como los indios perseguían a su jefeecillo por las calles de la ciudad.

Cuando la cosa parecía calmada, el teniente Burke se acercó a Jonathan, poniéndole la mano sobre el hombro.

—Un momento, Ware.

—A sus órdenes, teniente. Pero antes de volver a Yuma con ustedes quiero pedirle protección para Cochise—dijo el aludido, siempre generoso y pensando que en aquellos momentos el jefe indio estaba a su merced.

Burke sonrió.

—Somos nosotros los que necesitamos protección aquí. Y en cuanto a lo de volver a Yuma... Estoy seguro de que ningún soldado le ha reconocido.

Ware le estrechó la mano efusivamente, dándole las gracias. Era evidente que todos los que veían actuar a Ware, debían reconocer que su manera de tratar a los indios era la más adecuada y la única efectiva para lograr una paz verdadera y fructífera.

Y cumplida ya su misión, porque Warrick había entregado el ganado a los indios, le faltó tiempo para reunirse con Chris, que le esperaba con ansiedad.

* * *

Al día siguiente, la diligencia estaba de nuevo en marcha. Los pasajeros, en esta ocasión, eran tres: Jonathan Ware y Christina Larson, convertidos en marido y mujer, y el

Juez de Paz les acompañaba en viaje de regreso para su residencia habitual.

El juez parecía muy contento. Reía a grandes carcajadas y no cesaba de hablar, aunque esta vez no de un modo tan embarullado como solía hacerlo.

—¡Ja, ja, ja! No, señor Jonathan. No olvidaré nunca lo que pasó la última vez que viajamos juntos con diligencia. Yo era entonces el prisionero, y ahora resulta que lo es usted. ¡Ja, ja, ja! ¿Comprende? No, señor. No olvidaré nunca aquel día. Creía que me arrancarían el pelo, pero los indios prefieren que lo haga mi mujer... ¡Ja, ja, ja!...

En la primera etapa bajó el juez, y a la mitad del camino, un intruso se metió en la diligencia de un modo aparatoso. Indudablemente se trataba de un fugitivo.

—¡Ah! Hola. ¿Qué magnífica sorpresa!—dijo el recién llegado, que no era otro que Jim Sawyer—. Lamentaría molestarles.

—No lo crea.

—Tengo un poco de prisa por salir del territorio—explicó.

—Me lo imagino—contestó secamente Ware.

Tras un momento de pausa, preguntó:

—¿Casados?

—Sí.

—Bien... Enhorabuena.

—Gracias.

Sawyer se dio cuenta que su presencia era inoportuna, y gozaba en ello, despechado por el desaire de la muchacha y porque finalmente sus malas artes habían sido vencidas por la nobleza y honrria de bien de Ware. Su presencia allí consistía en su pequeña venganza.

—No se preocupen por mí—dijo—. Al final consiguieron lo que querían. ¡Ja, ja, ja! Si no hubiese sido por esa tribu de indios, yo ocuparía el sitio de usted.

Ware estaba como sobre ascuas. Otro que no tuviera su dominio habría echado por la ventana al intruso, como éste hiciera con él el primer día que se conocieron.

—¿Le molesta?—preguntó.

Pero Sawyer estaba dispuesto a

amargarles el viaje y no sabía cómo hacerlo.

—Bueno, no hay que enfadarse... la vida es así—siguió hablando Sawyer, y finalmente se puso a reír y a cantar— «¡Oh, el perrito se perdió y llamaba a su mamá».

Ware no se pudo contener más. Se incorporó levemente y cogiendo por la solapa de la americana a su antagonista, le propinó un certero directo en la barbilla, que le dejó fuera de combate para un buen rato. Sawyer quedó tumbado en un rincón del asiento de la diligencia, mientras Ware abrazaba a su esposa, exclamando:

—¡Al fin solos!

Y verdaderamente podía decirse que estaban solos, ya que la diligencia avanzaba por el centro del desierto, y aparte del cochero sólo tenían ante sí a Sawyer, inconsciente.

FIN

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gene Raymond
Héctor Pizarro	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lilly Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pompadour	Kate de Nagl
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Capido sin memoria	Ann Sothern
Maria Elena	Paula Wessely
Pasada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vare	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Rühman

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los elfantos	Sabú
Tú cambioras de vida	M. Redgrave
Los dos niños de París (¿a mí hijo?)	C. Barchon
La última avanzada	Lili Dagover
Vacaciones juas Harvey	Cory Grant
Margarita Gautier	Mickey Rooney
Mortal sugestión	Greta Garbo y Robert Taylor
Una chica insuperable	Ann Harding
Bajo manto de la noche	Danielle Darrieux
Alarma en el expresos	Edmund Lowe
Crimen de medianoche	M. Redgrave
El signo de la Cruz	Ramón Pereda
El asesino invisible	Fredric March
Los dos pilotes	Walter Abel
Pygmalion	Jeanette Tassell
Maria Estuardo	Leslie Howard
Cuidado con la q. hace	Kath. Hepburn
Por la dama y el honor	Michael Redgrave
El día que me quieras	Paul Lukas
El pequeño lord	Cecilia Gárdel
Torsión de las fieras	Fred. Bartholomew
Albaque nocturno	Buster Crabbe
El misterio de Villa Rosa	Greta Garbo
Acusada	Judy Kelly
Feraz de hombres	Dolores del Río
La profecía millonaria	Marjory Rooney
Los peligros de la gloria	Cerie Raymond
La bella rebelde	James Cagney
Buscando fama	Ann Sothern
Una mujer imposible	Don Ameche
El hombre del Níger	Jimmy Lugo
Extraños en luna de miel	Victor Francan
Andrés Harvey Temario	Hugh Sinclair
Fruto durado	Madge Rooney
El secreto del marqués	Clark Gable
Iróné	Armando Falconi
Una hora en blanco	Anna Neagle
La batalla	Franchot Tone
La familia Robinson	Charles Boyer
	Fr. Bartholomew

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero
La reina mora	Maria Ariza
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
[No quiero] [No quiero]	José Bowers
Erán tres hermanas	Luisita Gargallo
Bahemias	Emilia Aliaga
Don Flanpendia	Valeriano Llorca
Los hijos de la noche	Miguel Ligero
Matringala	Nino Marchena
Rapísimo usted	Celia Gámez
Usted tiene una de mu- jer fatal	R. de Sentmenat
Tienda y zafra	Maruchi Fresno
¡Ay-Alá!	Inés de Val
¿Quién me compra un sía?	Maruja Tomás
Alas de paz	Lois de Valm

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sobre sacrado	L. Gargallo
La dolorosa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligero
Gloria del Montecarlo (Los de Aragón)	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Reflexos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Melodía de amor	I. Argentina
Misterio en la Marisma	C. Gárdel
Rosas de aliso	Tony D'Alcy
La nostra chica	M. F. L. Guevara
La china del gato	Estrellita Castro
Un episodio de familia	Josita Hernán
La culpa del otro	Mercedes Vaciño
Fin de curso	Luis Prendes
Mi enemigo y yo	Luchy Soto
	Josita Hernán

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Parrata	Maruja Tomás
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de África	Rafael Medina
Noche de angustia	Amadeo Nazari
Cautivo del viento	Leslie Howard
Flor de esesino	Gracia de Triana
Tú Negarás	Roberto Rey
Buenas noches	N. Luisa Garena
Orquí	Roberto Rey

NOVELAS POLICIAES

A 2 ptas.

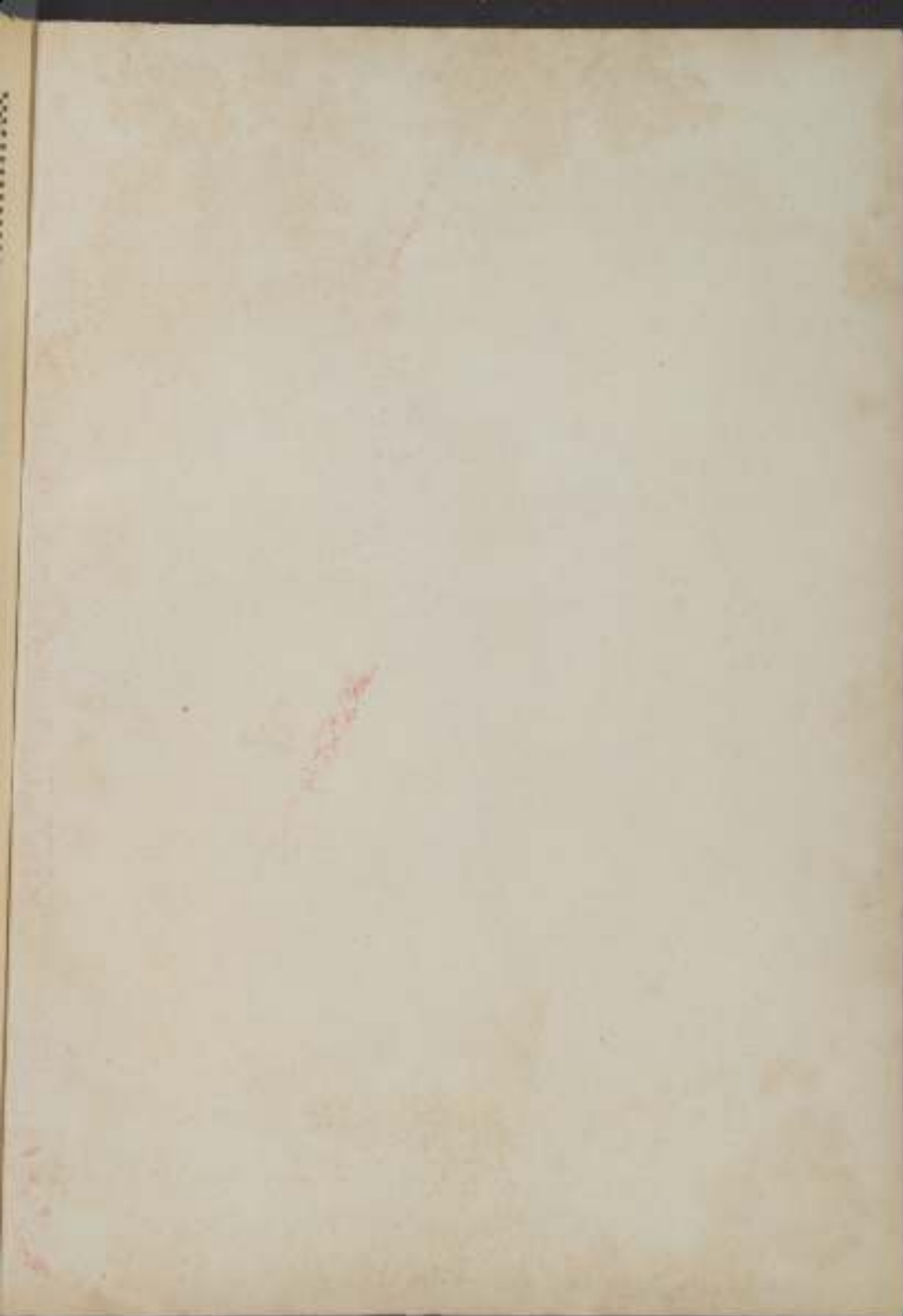
LA MASCARA DEL OTRO
EL CRIMEN DEL SIGLO
SECUESTRO SENSACIONAL
LA VUELTA DE ARSENIO LUPIN
EL DETECTIVE Y SU COMPANERA
LOS DEFENSORES DEL CRIMEN

A 2'50 ptas.

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE
ACUSADA
EL MISTERIO DE VILLA ROSA
BAJO EL MANTO DE LA NOCHE
EL ASESINO INVISIBLE
ALARMA EN EL EXPRESO
EL SOBRE LACRADO
LA CULPA DEL OTRO
EXTRANOS EN LUNA DE MIEL
UNA HORA EN BLANCO

Pedidos a

EDITORIAL ALAS — Apartado 707 — BARCELONA





2⁵⁰ ptas.

